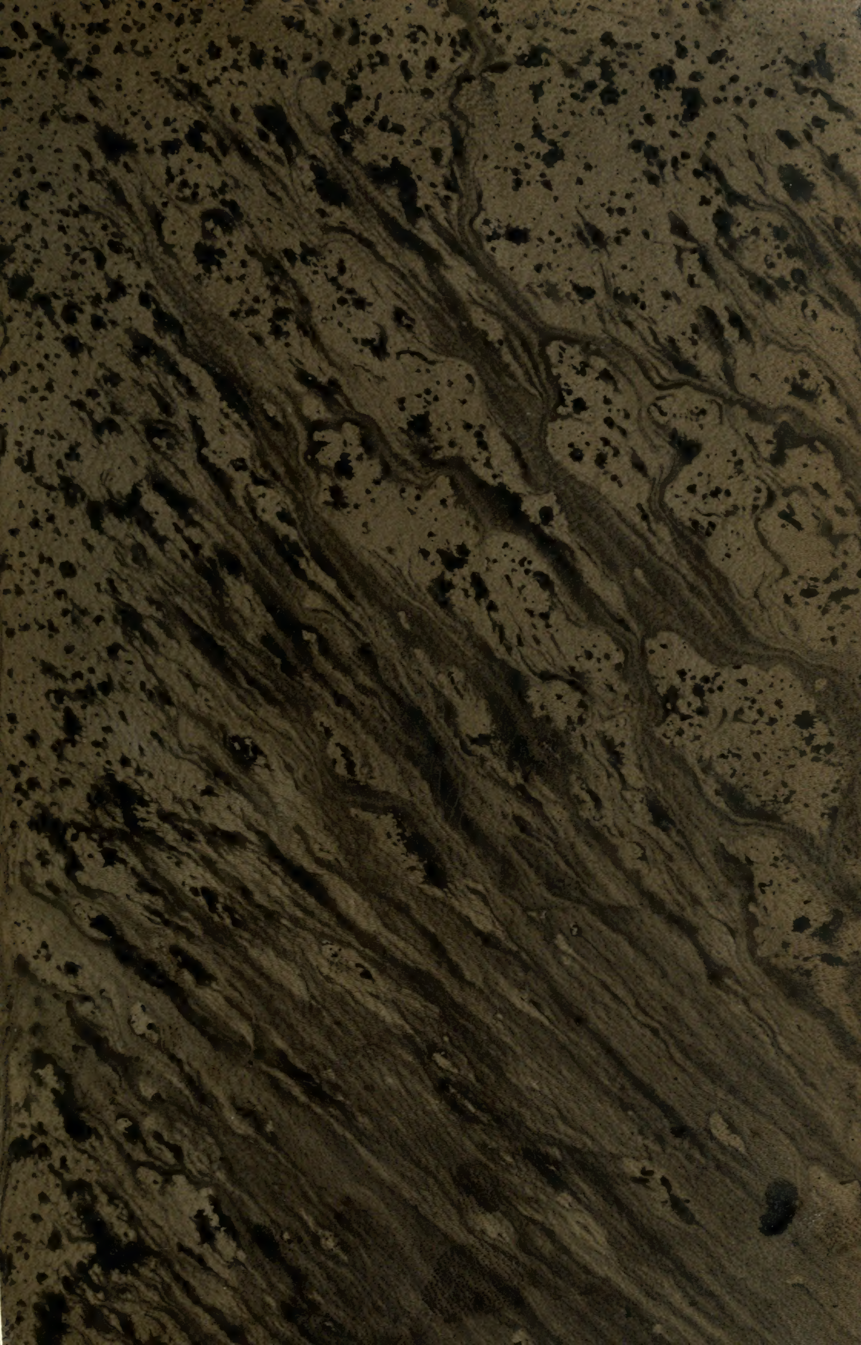
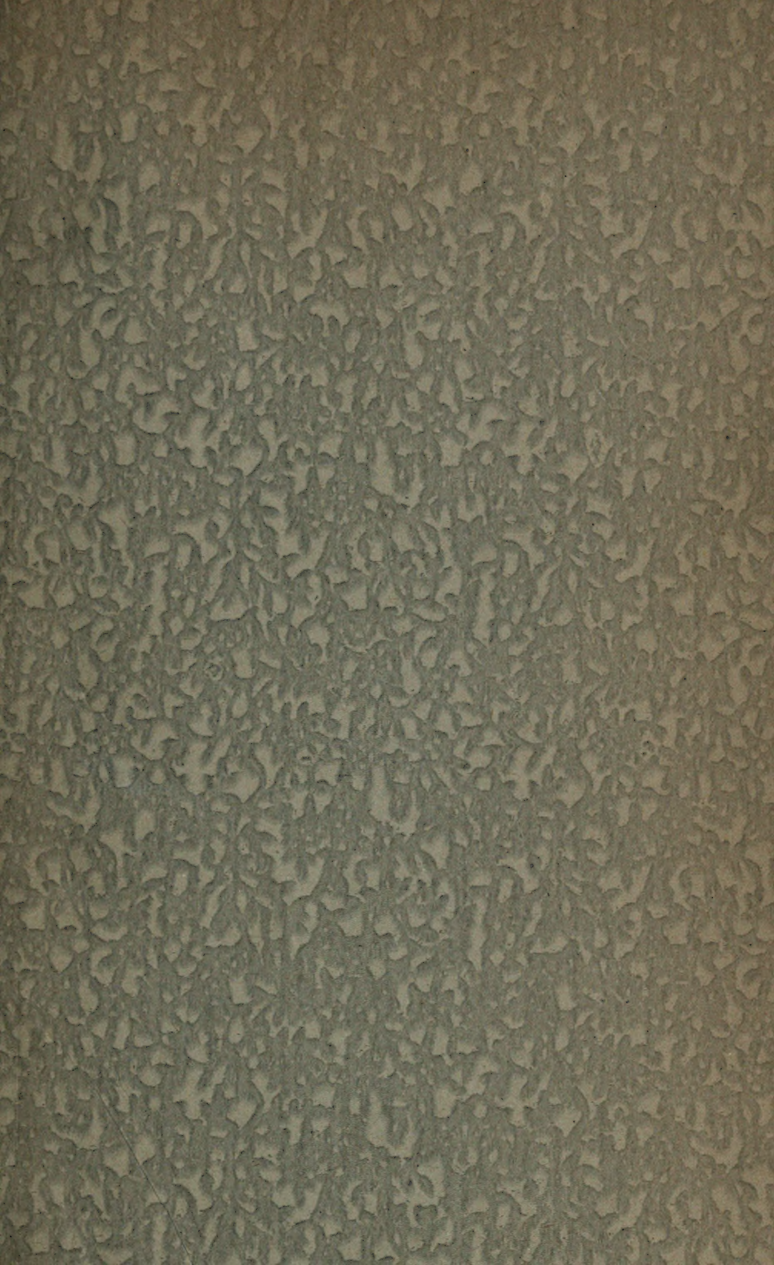






DON JUAN, BUENA PERSONA

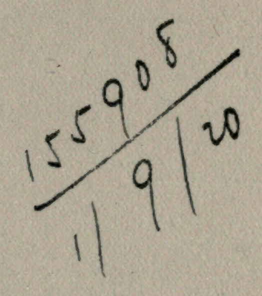
SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO

DON JUAN, BUENA PERSONA

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro de la Comedia el 30 de octubre de 1918





MADRID
1918

MADRID —Imp. Clásica Española. Glorieta de Chamberí.—Teléf. J. 430

A LUIS RUIZ DE VELASCO

buena persona, buen escritor y buen amigo,

SERAFÍN y JOAQUÍN.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
AMALIA GRAZIELA..........	Carmen Jiménez.
ELISA	Aurora Redondo.
HELIA	Adela Carbone.
RICARDA.....................	Irene Alba.
DOÑA NONA.................	Pascuala Mesa.
DULCENOMBRE	Carmen Andrés.
JULIA..........................	Carmen León.
DON JUAN....................	Manuel González.
HORMIGUERO	Juan Bonafé.
CARDONA.....................	Pedro Zorrilla.
VALENTÍN GRAZIELA.......	Juan Espantaleón.
ANTOÑITO	Mariano Asquerino.
EL CAPITÁN..................	Enrique Moreno.
TRONCOSO	Francisco Pereda.
ARÍSTIDES....................	Pepito Jiménez.
SUÁREZ........................	Fortunato García.

ACTO PRIMERO

Gabinete de confianza, coquetón y risueño, en casa de don Juan de la Vega, en Madrid. A la izquierda del actor una mamparita que da al bufete (don Juan es abogado), y al foro y a la derecha sendas puertas, que dejan ver otras habitaciones. Muebles sencillos, de fino gusto, como elegidos por quien tiene la vista bien acostumbrada: mesa auxiliar, librería, butacas, sillas, etc., etc. Primorosos cuadros.

Es por la mañana, en otoño. Coincide, pues, el principio de la comedia con la caída de la hoja.

Antoñito, pasante en el bufete de don Juan, joven, listo y simpático, repasa unos papeles, apoyado en la mesa.

Julia, doncellita que presume de manos, de pies, de ojos y de dientes, hace pasar por la puerta de la derecha a Elisa, que de nada presume, pero que pudiera presumir de mucho. Es mujer como de treinta años, y viste con modesta elegancia.

JULIA. Pase la señora.

ANTOÑITO. ¿Quién? ¡Ah! ¡Elisa! ¿Cómo está usted?

ELISA. Bien, ¿y usted, Antoñito?

ANTOÑITO. A sus órdenes. ¿Viene usted en busca del jefe?

ELISA. Sí.

ANTOÑITO. Pues no está. ¡Cuánto va a sentirlo! ¿Trae usted mucha prisa?

ELISA. ¿Ha de tardar?

ANTOÑITO. Sospecho que sí, por una comisión que me ha dado. Le preguntaremos a Hormiguero. Julia, avísele usted a don Pascual. *Deteniendo a Julia, que se dirige hacia la izquierda.* ¿Adónde va usted?

JULIA. Al bufete, ¿no?

ANTOÑITO. Don Pascual estará en su despacho.

JULIA. Es verdad. ¿Dónde tendré yo la cabeza?

ANTOÑITO. En el mecanógrafo.

JULIA. ¡Ja, ja, ja! *Ríe, halagada; luce sus dos filas de perlas con tal motivo, y se va hacia la izquierda por la puerta del foro. Elisa sonríe.*

ANTOÑITO. Es tonta.

ELISA. Eso me ha parecido.

ANTOÑITO. Debilidades de don Juan... — Pues ahora nos dirá Hormiguero... ¿Y las nenas de usted, Elisa?

ELISA. Muy ricas las dos. Una en casa... y otra ya en el colegio. Crecen que me avergüenzan.

ANTOÑITO. ¡Pero si puede usted pasar por hermana suya!... ¿Cuál se parece más a usted?

ELISA. Ninguna... porque dicen que las dos son preciosas.

ANTOÑITO. Entonces se parecen las dos.

ELISA. ¡Jesús! ¡Cómo está la mañana!... Ya se ve que es usted predilecto del jefe...

ANTOÑITO. ¿Por que sé admirar?

ELISA. Porque sabe usted galantear.

Por donde se fué Julia llega Hormiguero, secretario particular de don Juan, hombre afable, cortés, solícito, curioso; incansable averiguador de lo humano y de lo divino. Su prematura calva (pues apenas pasa de los cuarenta) obedece, sin duda alguna, a ese constante afán. Julia viene tras él, y continúa por el foro hacia la derecha.

HORMIGUERO. Elisita, a los pies de usted.

Elisa. Hola, Hormiguero insigne. ¿Cómo vamos?

Hormiguero. Viviendo.

Elisa. A Sara la encontré el otro día. ¡Tan guapa siempre!

Hormiguero. ¡Quién habló!... ¿Busca usted a don Juan?

Elisa. Sí. ¿Tardará mucho?

Hormiguero. Es más que probable. Lo ha citado a las doce la marquesa de Santamor, y aun no son las doce...

Elisa. ¿La marquesa de Santamor? Pero ¿todavía vive esa señora?

Hormiguero. Todavía.

Elisa. Luego dicen que las razas decaen... ¿Y ahora se ha dedicado don Juan a la arqueología?

Hormiguero. No sea usted maliciosa: es un asunto de bufete. Por cierto que le va a dar un grave disgusto a la marquesa.

Elisa. ¿Don Juan? ¿A la marquesa? ¿Es posible?

Hormiguero. ¡Y tan posible! ¡Figúrese usted que, para el asunto de que se trata, le tiene que pedir la fe de bautismo!

Elisa. ¡Horror!

Antoñito. Un documento de la guerra de la Independencia.

Hormiguero. No, no exageremos demasiado: la marquesa de Santamor nació el 4 de junio de 1849. El mismo día que se estrenó *Don Juan Tenorio.*

Elisa. Hormiguero nos había de dar el dato preciso. ¡Qué tesoro de hombre!

Hormiguero. Donde esté usted, la palabra tesoro es patrimonio suyo.

Antoñito. *A Elisa.* ¿Predilecto del jefe también?

Elisa. ¡Qué duda cabe!

Viene por la puerta del foro, de la parte de la dere-

cha, dispuesta para salir a la calle, doña Ramona Echezarreta, señora chapada a la antigua, tía carnal de don Juan. Trae velo. Su presencia sorprende a Elisa.

Doña Nona. ¿Don Antoñito?

Antoñito. Señora. Esperándola a usted estoy. *Presenta a las damas, que se han saludado con una inclinación de cabeza.* Doña Ramona Echezarreta, viuda de Olivares; tía de don Juan. La señora viuda de Castelo.

Doña Nona. Señora...

Elisa. Tanto gusto...

Doña Nona. Usted extraña verme aquí. Se lo he conocido en la cara al llegar.

Elisa. Sí, verdaderamente...

Doña Nona. Mi señor sobrino, mi don Juanito de mi alma, que quiere que pase una temporadita con él. ¡Cosas suyas!... Y como a los tunantes no se les puede negar nada que pidan...

Antoñito. Desde ayer está con nosotros.

Doña Nona. ¿Su esposo de usted era don Virginio Castelo?

Elisa. Sí, señora.

Doña Nona. Fué amigo de uno de mis hijos. Yo creo recordarlo. ¿Viene usted a ver al abogadete?

Elisa. Con mal tino, porque no lo encuentro. Un pícaro seguro de vida, que no quieren pagarme.

Antoñito. ¡Ah, pero lo pagarán muy pronto, o no hay justicia!

Doña Nona. Ya lo oye usted. Mi sobrino lo sacará adelante. Cuando las clientes son guapas, se inspira mucho.

Elisa. Gracias por el favor...

Hormiguero. Dispénseme usted que le llame la atención, doña Nona, pero no debe entretenerse demasiado. A usted le gusta que el auto vaya despacito...

DOÑA NONA. Sí, sí, es verdad; dice usted muy bien. Con permiso de esta señora vámonos ya, don Antoñito; que los trenes no llegan a tiempo más que cuando una llega tarde a la estación.

ANTOÑITO. Usted me manda.

DOÑA NONA. Adiós, doña Elisita.

ELISA. Adiós, señora.

HORMIGUERO. No se detengan por el equipaje.

ANTOÑITO. ¡Ah, claro que no!

Se va con doña Nona por la puerta de la derecha.

HORMIGUERO. Es muy simpática doña Nona, ¿verdad?

ELISA. Mucho; muy simpática. Y está muy fuerte. Yo la suelo ver asomada al balcón de su entresuelito... Vivimos casi enfrente la una de la otra.

HORMIGUERO. Casi enfrente. Y eso que ella vive en el quince y usted en el cuarenta y seis.—Pero ¿no se sienta usted, Elisita?

ELISA. No, si me marcho... En vista de que ese hombre puede tardar... Diga usted, Hormiguero, una curiosidad antes de irme, si no es indiscreción: ¿a qué se debe la estancia de esta señora aquí? ¿A quién va a esperar con Antoñito?

HORMIGUERO. Pero ¿usted no tiene antecedentes?...

ELISA. Ninguno: en absoluto.

HORMIGUERO. ¿Ninguno?

ELISA. ¡Si hace lo menos quince días que no hablo con don Juan! Sobre que él es tan reservado...

HORMIGUERO. Pues yo la informaré a usted de lo que ocurre.

ELISA. Vaya, me sentaré un poquito entonces.

HORMIGUERO. La bondad de don Juan es inagotable, y toma mil formas. De Barcelona llega hoy a Madrid una señorita, que se va a hospedar en esta casa diez días, quince, veinte, un mes... ¡qué sé yo!...

Elisa. Sí que es raro. ¿Y quién es esa señorita?

Hormiguero. Amalia Graziela, se llama.

Elisa. ¿Graziela?

Hormiguero. ¿Le suena el apellido?

Elisa. Un poco.

Hormiguero. Es hija única de un famoso Valentín Graziela, amigote un tiempo de don Juan, mala cabeza, aventurero... Uno de estos hombres que por la noche se arruinan y son millonarios al día siguiente. Bueno, pues a raíz de un batacazo de los suyos, viudo ya, levantó el vuelo y se fué a Buenos Aires.

Elisa. ¿Con la niña?

Hormiguero. No, señora, no. La niña, que a la sazón tendría catorce años, quedó recogida en Barcelona por una tía suya, hermana de la madre, un poco maniática: doña Tomasina Lirón y Mendoza; que dicen que dormía con los ojos abiertos.

Elisa. Como las liebres.

Hormiguero. Eso dicen.

Elisa. ¿Y qué? ¿Ha muerto esa señora quizás?

Hormiguero. Ha muerto: hace cuarenta días. No, cuarenta y uno; que hoy es jueves. Y se conoce que la niña le avisó por cablegrama a su señor padre, que se quedaba en Barcelona sola y desamparada; y Valentín le escribió a don Juan, recordando su antigua amistad y sus buenas prendas, y suponiéndolo casado...

Elisa. ¡Santa María de la Cabeza!

Hormiguero. O diciendo que lo supone; es igual. El caso es que le ha escrito, y que le ruega encarecidamente que se haga cargo de su hija hasta que él, en breve plazo, vuelva a España.

Elisa. Total: que a este don Juan, cuando no las busca por su cuenta, vienen las aventuras a buscarlo.

Hormiguero. Esta vez no, Elisa.

Elisa. ¿Que no? ¿Qué edad tiene esa joven?

Hormiguero. Diez y nueve años: los ha cumplido el día del Corpus justamente.

Elisa. ¡Diez y nueve años! ¿Y por supuesto será bonita?

Hormiguero. ¡No, señora: fea como un demonio!

Elisa. ¿Que es fea?

Hormiguero. ¡Como un demonio! ¡Por eso le aseguraba yo a usted que nada de aventuras!

Elisa. ¿La conoce don Juan?

Hormiguero. Sí, señora. La conoció hace tiempo; en su casa; en una ocasión en que Valentín, el padre, estuvo enfermucho.

Elisa. *Sonriendo con maligna satisfacción.* ¡Ah, vamos!... ¿Qué piensa usted?

Hormiguero. Nada nuevo, Elisita: que usted, por el contrario, es preciosa. Y note usted la condición de nuestro amigo. Cuando recibió la carta de Graziela, tentado estuvo de no aceptar el delicado encargo: pensaba en el error de Valentín, en que él vive solo con un ama de llaves, en la fama que tiene de galanteador, de amoroso... etc., etc. Pero, al considerar que la infeliz chiquilla era fea, huérfana de madre, casi de padre, sin bienes de fortuna... y que además estaba entristecida de momento por la muerte de la tía maniática, triunfó en su corazón el sentimiento que siempre lo vence, el de la piedad... y aguardando estamos a la viajera.

Elisa. Es bueno; es muy bueno.

Hormiguero. ¿Don Juan? ¡El mejor de los hombres! ¿Qué más quiere usted? ¿No ha sacado con este motivo de su entresuelito a doña Nona, para darle a la casa, mientras esa señorita esté en ella, todo el decoro necesario? ¡Es único! ¡Es único!

Elisa. Ciertamente; único. Con ser tan bueno, aun es más delicado que bueno, ¿verdad? Ha hecho el milagro de ser Don Juan... y buena persona.

Hormiguero. ¡Con doña Nona nos hemos reído!... No quería venir; decía que no quería condenarse... Porque imaginaba esta casa como un infierno suelto... ¡Un entrar y salir a todas horas de pajaritas y tunantas!... ¡Je, je!

Elisa. ¡Mal conoce esa señora a su sobrino!

Hormiguero. ¡Oh!

Elisa. El respeto social lo guarda como pocos afortunados.

Hormiguero. ¡Uh!

Elisa. Y de sus conquistas, lo que se sepa... será lo que las mujeres pregonen. En fin, Hormiguero, mil gracias.

Hormiguero. ¿Se va usted?

Elisa. Sí, señor; ya le he entretenido bastante.

Hormiguero. Por eso no, Elisita.

Elisa. Hará usted el favor de decirle a don Juan...

Hormiguero. Pierda usted cuidado. ¿Volverá usted?

Elisa. Así que pasen unos días. Mis recuerdos a Sara.

Hormiguero. De su parte. *Vase por la puerta de la derecha, acompañando a Elisa. Al momento se le oye decir:* Pase, Capitán, pase. En seguida vengo.

Y pasa el Capitán, que viste de paisano, porque no es militar ni cosa parecida. Toca en el medio siglo, y miente más que habla.

Capitán. ¡Canario, qué guapa está la viudita del pobre Castelo! ¡Guapa! ¡Guapa! ¿Tiene alguna suerte este sinvergüenza? *De una caja de cigarros coge uno y lo enciende.* ¡Buen tabaco fuma este sinvergüenza! ¡Bueno! ¡Bueno! *Se guarda otro cigarro con la mayor naturalidad.*

Vuelve Hormiguero.

Hormiguero. ¿Qué hay, Capitán?

Capitán. ¿No está en casa ese sinvergüenza?

HORMIGUERO. ¿Qué sinvergüenza?

CAPITÁN. El jefe.

HORMIGUERO. No, señor; no está en casa.

CAPITÁN. ¡Pues me ha fastidiado el ángel mío!

HORMIGUERO. ¿Quería usted algo, además de ese puro?

CAPITÁN. ¡Vaya si quería! ¡Las faldas, amigo Hormiguero, las faldas dichosas!

HORMIGUERO. ¡Ah, las faldas!...

CAPITÁN. ¿Dónde le echaría yo la vista encima?

HORMIGUERO. Lo que es hoy, qué sé yo. Creo que almuerza en el Escorial con unos amigos...

CAPITÁN. ¿Amigos?

HORMIGUERO. Amigos, sí.

CAPITÁN. ¡Miau! Le dejaré dos letras, entonces.

HORMIGUERO. Como usted guste. Ahí puede usted ponerlas.

El Capitán se sienta a ello. En seguida empieza un plieguecillo y lo rompe.

CAPITÁN. Vísteme despacio que estoy de prisa. *Empieza otro y lo rompe también.* ¡Vaya! ¡Hoy no sé escribir!

HORMIGUERO. Vuelva usted mañana.

CAPITÁN. ¡Qué buen humor nos ha dejado la viudita!

HORMIGUERO. ¡Siempre!

CAPITÁN. ¡Bah! Desisto de la carta. Le va usted a decir a Juan que esta noche lo veré en el Victoria.

HORMIGUERO. ¿En el Victoria?

CAPITÁN. Sí. Digo en el Victoria, porque él seguramente no faltará.

HORMIGUERO. Ah, no sé.

CAPITÁN. ¿No sabe usted, y trabaja la niña? ¡Miau! Hombre, y usted que es su persona de confianza, le debía aconsejar que abandonara eso. No está a su altura.

Hormiguero. ¡Dios me libre a mí de meterme!...

Capitán. Tiene usted razón: hay cosas delicadas... Yo, como siempre les he hecho fú a las comiquitas... Una me pescó y... ¡No me quiero acordar! En fin, gracias a Dios, está en Lima.

Hormiguero. No puede estar más lejos.

Capitán. Pues todavía está cerca. Adiós, Pascualito.

Hormiguero. Adiós, Capitán.

Capitán. Ando loco toda la mañana y no encuentro gardenias.

Hormiguero. Es muy difícil, en octubre...

Capitán. Ya lo sé... ¡pero la niña quiere hoy gardenias!

Hormiguero. Ah, son atroces.

Capitán. Lo eterno femenino, que dijo Byron.

Hormiguero. Gœthe, si usted gusta.

Capitán. ¿Gœthe? ¡Es igual!

Hormiguero. Para Gœthe, no.

Capitán. ¡Habrá que pintar las gardenias! Hasta luego.

Hormiguero. Hasta luego.

Capitán. No se le olvide mi recado.

Hormiguero. No se me olvida, no.

Capitán. Muchas gracias.

Se va por donde vino.

Hormiguero. ¡Un hombre dichoso, creyendo que es verdad que necesita encontrar hoy unas gardenias... que hay quien espera las gardenias... y que él tiene dinero para pagarlas! ¡Miau!

Sale don Juan por la puerta del foro. Viene de la parte de la derecha. Es un buen mozo, de porte fino y señoril, de cordial mirada, expresión risueña y suaves ademanes. Aunque contemporáneo de Hormiguero, está muy lejos de calvear, como él; pero, en cambio, en sus cabellos y en su largo bigote apuntan indiscretas canas.

DON JUAN. Hola, secretario.

HORMIGUERO. ¿Terminó usted ya con el vecino?

DON JUAN. Ya. Es muy gracioso. Luego hablaremos de él. Bajará con Dulcenombre a saludar a la forastera. ¿Se fueron a la estación mi tía y Antoñito?

HORMIGUERO. Sí. Y ha estado un rato Elisa.

DON JUAN. ¿Elisa? ¿A saber del seguro?

HORMIGUERO. Del seguro, sí. Y de paso... *Maliciosamente.* De paso a adquirir noticias de la forasterita.

DON JUAN. ¿De la forasterita?... ¿Por dónde se ha enterado...?

HORMIGUERO. No sé... Pero, aquí *ínter nos*, yo su intención la he visto: se quedó muy tranquila cuando le advertí que era fea.

DON JUAN. ¿Y a ella qué más le da?

HORMIGUERO. *Recogiendo velas.* Sí... claro... a ella ¿qué más le da? Bueno, yo no le dije que estaba usted arriba.

DON JUAN. Muy bien hecho.

HORMIGUERO. Sino que había usted ido a ver a la marquesa de Santamor. La amiga más vieja de que me acordé en aquel instante.

DON JUAN. No había necesidad ninguna.

HORMIGUERO. No; necesidad no había ninguna, ya comprendo... También ha venido el Capitán.

DON JUAN. ¡El gran Capitán!

HORMIGUERO. Cogió dos puros, rompió dos pliegos, soltó dos bolas y se largó.

DON JUAN. ¿Nada más que dos bolas?

HORMIGUERO. Nada más.

DON JUAN. Habrá estado muy poco tiempo.

HORMIGUERO. Dos minutos.

DON JUAN. ¿Ha habido cartas?

HORMIGUERO. Algunas, sí. Cuatro.

DON JUAN. Vamos a verlas.

Don Juan se sienta con abandono. Hormiguero saca de un cajón de la mesa las cartas, y las va abriendo.

HORMIGUERO. Ésta es del ministro de Marina, diciéndonos que toma nota preferente...

DON JUAN. ¿De qué?

HORMIGUERO. De lo de Ramitos.

DON JUAN. Ah, ya. Mándesela usted luego con un saludo.

HORMIGUERO. Esta otra—no conozco la letra—la firma... ¡ah! Heliodoro Carranque.

DON JUAN. ¡Dale, machaca! ¡Qué pesado!

HORMIGUERO. Y por lo visto finge la escritura para que no rompamos la carta sin abrirla.

DON JUAN. Contéstele usted otra vez que no, que no y que no; que de ese asunto no me encargo. O vaya usted a decírselo personalmente. ¡Es un pleito odioso! ¡Siete hermanos, varones todos, además, disputándose cuatro casuchas!... Yo no necesito de mi carrera, ni soy abogado si no es de causas nobles, o que a mí me lo parezcan, al menos; de causas cuya defensa me deje alguna satisfacción delicada, algún íntimo halago, algún perfume...

HORMIGUERO. Justamente por esas cosas, sobre todo por lo del perfume, le han puesto a usted en las Salesas «el abogado del amor».

DON JUAN. Ya, ya. Siga usted con las cartas.

HORMIGUERO. Ésta es de señora.

DON JUAN. A verla. *Mirando el sobrescrito.* No caigo...

HORMIGUERO. Ni yo tampoco. De seguro no es de mis tiempos. *La abre y lee:* «Santander, 17 de octubre...»

DON JUAN. ¿Santander? ¿Quién firma?

HORMIGUERO. Aurora Galea.

DON JUAN. ¡Aurora Galea!... ¡Qué respiro! ¿Quién se acuerda ya de eso?

HORMIGUERO. Yo. Yo me acuerdo ahora mismo, don Juan. Al marido de esta señora lo trasladamos de Ávila a Santander, porque los médicos le recomendaron los baños de ola.

DON JUAN. Sí; para los nervios.

HORMIGUERO. De esto hace ya ocho años. El favor se lo debió usted a Lorena, que fué ministro cuarenta y ocho horas y dejó el traslado en el testamento.

DON JUAN. ¡Qué mujer más guapa!...

HORMIGUERO. ¡Y qué marido más amable!

DON JUAN. ¿Recuerda usted? Él mismo hacía imposible mi disimulo.

HORMIGUERO. Él mismo; sí, señor.

DON JUAN. ¡Con qué soltura nos dejaba solos!

HORMIGUERO. ¡Con qué elegancia se hacía el distraído!

DON JUAN. ¡Y con qué candor me agradecía todos los regalos que yo le enviaba a ella!

HORMIGUERO. ¡Je, je! ¿Conoce usted los versos de Góngora?

DON JUAN. ¿Cuáles?

HORMIGUERO. Los de aquella letrilla célebre...

«Que esté la bella casada
bien vestida y mal celada,
bien puede ser;
mas que el bueno del marido
no sepa quién dió el vestido,
no puede ser.»

DON JUAN. ¡Ja, ja, ja! ¡El pobre Chunchún, como le llamaba Aurorita!

HORMIGUERO. Usted se portó muy bien con él.

DON JUAN. Lo mejor que pude, como siempre. A ver qué dice ella.

HORMIGUERO. *Lee:* «Amigo Juanito: aunque en

todo pensarás tú ahora, menos en recibir carta mía, yo me tomo la libertad de ponerte estas cuatro letritas, al rescoldo de nuestra antigua amistad, para pedirte un favorcito, para mí muy grande y muy pequeñito para ti.» No escribe mal esta mujer... Eso del rescoldo...

Don Juan. Y es muy melosa... Me la evocan los diminutivos.

Hormiguero. «Juanito, el mayor de mis hijitos, tiene ya diez y siete años.»

Don Juan se levanta como por resorte, y pasea.

Don Juan. ¡Diez y siete años!... Vuela el tiempo.

Hormiguero. ¿Sigo?

Don Juan. Siga usted.

Hormiguero. «...diez y siete años. Está hecho un hombrecito. Va a Madrid, a unas oposiciones, y yo le he dicho que te visite y se ponga en tu mano. Sin padrinos nadie se bautiza, y tú lo puedes recomendar muy bien, porque tienes muchas simpatías en todas las esferas. ¿Lo harás, Juanito?»

Don Juan. ¡Lo haré; lo haré!...

Hormiguero. «Yo de ti no lo dudo... ¡Tengo tantas pruebecitas de tu buen corazón!...» ¡Hem!...

Don Juan. No me subraye usted las cosas, Hormiguero...

Hormiguero. Ha sido involuntario, don Juan... *Lee:* «Te lo pide una madre de familia, que nunca se olvida de ti... Gracias, muchas gracias, Juanito. Tu afectísima, Aurora Galea...»

Don Juan. *Suspirando.* ¡Ay!... Nada; lo de siempre. Vendrá el niño, se le recibirá como su madre espera, se le ayudará...

Hormiguero. A última hora no tendrá dinero para la casa de huéspedes...

Don Juan. ¡Como si lo estuviera usted viendo!...

Hormiguero. Ni para el billete de vuelta...

DON JUAN. Sí, sí... El programa cabal. ¡Todo se hará por Pepa María!—como decía mi abuelo.—Pero, en fin, es mi sino, sin duda. El rescoldo, el rescoldo... Don Juan, compasivo... Don Juan, esclavo de sus esclavas... ¡Cosa más grande!... ¡No he sabido acabar definitivamente con ninguna! A usted le consta. Lo menos que me queda es un lazo así. Que de lo demás, no se hable. Me comen, me comen...

HORMIGUERO. Yo que usted fundaba un montepío.

DON JUAN. Pero, ¿es que no lo tengo fundado ya? ¿Queda alguna otra carta?

HORMIGUERO. Una de Lisboa. Conociéndolo a usted, se la he reservado para postre.

DON JUAN. ¿De quién? Puede ser de dos, pero será de Alicia.

HORMIGUERO. De Alicia es. Y dice: «Mi querido Joancito.»

DON JUAN. Querido no dirá.

HORMIGUERO. Es cierto. *Rectificándose.* «Mi queirido Joancito.»

DON JUAN. Eso sí.

HORMIGUERO. «Cosa mala nunca moere. Te queiro mocho.»

DON JUAN. Ya lo sé.

HORMIGUERO. «En lo coal te iscribo esta carta par desirte que siento neste momento una gran alegría. ¿Pois quieres que yo te diga por qué? Pois yo te lo digo. Es porque ants de fin de mes es posible que voelva a Ispania y pas quins días en Madrí.»

DON JUAN. ¡Adiós mi dinero!

HORMIGUERO. «Istoy empasiente por volverte a ver, y tengo una grande elosión, no sé si enfondada. Te queiro mocho.» Insiste en que lo quiere a usted mocho.

DON JUAN. Menos mal.

HORMIGUERO. «Diseo ardentemente oír de noevo las palabras dolses de tu bocita...»

DON JUAN. Basta ya, Hormiguero.

HORMIGUERO. Ya llegamos al fin. «...y eso que vivo con el tumor de que tú ya no te acoerdes ni un pocito de esta tu niña que te adora, Alisia.»

DON JUAN. ¡Cualquiera se olvida de ti, aun viviendo cien años! Mujer más atrayente, más bonita, más apasionada y más loca, no he conocido nunca. Pálida, de cabellos negros, de ojos muy brillantes... color de vino moscatel...

HORMIGUERO. ¡Je, je! Este no perderles enteramente el rastro a las que fueron... ¿eh, don Juan?...

DON JUAN. Sí; cueste lo que cueste, constituye una delectación muy sabrosa. ¡No hay dos mujeres ni dos rumbos iguales! ¡La vida, la vida!... En cambio, me produce no sé qué especie de melancolía la desaparición total, absoluta, de una mujer que me haya enamorado siquiera una hora. ¿Qué será de aquélla?... ¿Dónde estará?... ¿Se acordará de mí?... ¿Se habrá muerto?...

HORMIGUERO. Sí, señor, sí, eso es inquietante... Uno en su modestia también comprende...

DON JUAN. ¿Le he contado yo a usted alguna vez cierta calaverada mía en el Monasterio de Piedra?

HORMIGUERO. Seguramente, no.

DON JUAN. Pues ahí ve usted lo que decíamos: de aquella mujer no he vuelto a tener ni sombra de noticia. Se fundió en el aire. Era griega. Se llamaba Helia.

HORMIGUERO. ¿Cómo?

DON JUAN. Helia. Interesantísima criatura. Toda luz y espíritu... como si no fuera de carne humana. Su marido era un hotentote. Daba angustia ver aquella mariposa a su lado. No se concebía semejante unión. Parecía un monstruo que hubiese cazado una

ninfa en la misteriosa corriente de aquel río. Una noche supe por mi criado que había sido vendida como una esclava. No me hizo falta más. Yo la venía mirando con un amor que ella comprendía... Nuestras celdas estaban cercanas. Aceché un momento en que el marido la dejó sola, y entré como un relámpago en la suya. Tenía yo veinticinco años en aquella fecha. Era un poco caballero andante. Tembló al verme, se estremeció como una luz. Caí a sus plantas, y le dije: «¡Señora, si quiere usted la libertad, yo estoy pronto a dársela!» Palideció, lloró... se dejó caer en mis brazos. Sentimos entonces al hotentote que llegaba, salté por la ventana al jardín... y hasta ahora. A la mañana siguiente había desaparecido la pareja.

HORMIGUERO. ¡Qué rabia! Pero es muy curioso... Y ¡qué mal sabe quedarse con la miel en los labios!... ¿no?

DON JUAN. ¡Y aquella miel!... ¡Helia! ¡Helia!... En fin, a otra cosa, Hormiguero. ¿No hay novedad ninguna?

Troncoso, empleado de Don Juan, sale por la puerta del foro y entra en el bufete hojeando unos documentos.

HORMIGUERO. Ninguna. Como no sea el chalequito con que hoy se nos ha presentado Troncoso.

DON JUAN. Ése ya lo he visto. Y además en Troncoso no debe sorprendernos. Un hombre que enviuda, como él, y vuelve a casarse a los dos meses, tiene que hacer equilibrios con el luto.

HORMIGUERO. ¡Je, je! Bueno, voy a ver si trabajo un poco. ¿Manda usted algo más?

DON JUAN. Nada, por ahora.

HORMIGUERO. Bien. *Se va por la puerta del foro, hacia la izquierda, con las cartas.*

Don Juan pasea, hablando consigo.

Don Juan. ¡Helia!... ¡Alicia!... ¡Aurora!... ¡Ay ay ay!... ¡Cómo idealiza la distancia!... ¿Por qué habrá horas en que se siente en el corazón el pasado como una caricia? ¿Descontento del presente, quizás?... ¿Cansancio?... ¿Vejez?... No.

Vuelve Julia por la puerta del foro.

Julia. Señorito. *Don Juan no la oye.* Señorito.

Don Juan. ¿Qué quieres?

Julia. La señora Romualda desea que vaya usted a ver cómo han quedado por fin los cuadros y la pila del agua bendita.

Don Juan. ¿No ha sido a gusto de la señora?

Julia. Sí, señor; pero dice la señora Romualda que se queda más tranquila si usted lo ve.

Don Juan. ¡Bueno! Vamos a tranquilizar a la señora Romualda.

Por la puerta de la derecha asoma Arístides, criadito de la casa, con una tarjeta.

Arístides. Don Juan.

Don Juan. ¿Quién?

Arístides. Esta señora.

Don Juan, al ver la tarjeta, hace un gesto de espanto cómico. Luego se dirige al chico bajando la voz.

Don Juan. ¿Le has dicho que estoy?

Arístides. No, señor; le he dicho que iba a verlo; que no sabía... *Se lleva un dedo a un ojo.*

Don Juan. ¿Qué es eso?

Arístides. Que aquí hay pestaña.

Don Juan. ¿Ah, sí? ¡Vamos! *Ablandándose.* ¿Y quién no la recibe...? ¡Ay!... Dile que pase; que tenga la bondad de esperar un momento.

Arístides. Bien. *Se retira.*

Don Juan. Vamos a ver la pilita y los cuadros.

Se va con Julia por la puerta del foro, hacia la derecha.

Por la de este lado sale Ricarda, señorita de cierta

edad—la edad cierta no hay quien la averigüe, —con pretensiones de excepcional y refinada. Viste con modestia y decoro, pero delatando en tal cual detalle elegante el esfuerzo de querer lucir. Es soltera y mártir.

RICARDA. *Después de pasear la mirada por el gabinete.* Siempre que entro en esta casa me da un escalofrío. *Le da.* Hoy me han dado dos. *Le da otro.* ¡Qué mal empleado está este hombre... en manos de tantas... de tantas!... ¡Ay!... Y en cambio...

Hormiguero va a salir del bufete; pero, al reconocer por detrás a Ricarda, da con rapidez media vuelta aterrado, y se mete dentro. Don Juan llega a poco por donde se marchó.

DON JUAN. Ricardita...

RICARDA. Don Juan...

DON JUAN. Dichosos los ojos...

RICARDA. No diga usted eso. Si sus ojos fueran dichosos viéndome, buscarían alguna vez la dicha.

DON JUAN. Estoy siempre tan atareado... Pero siéntese usted.

RICARDA. Procuraré robarle poquito tiempo.

DON JUAN. ¿La mamá, buena?

RICARDA. Buena, en lo posible. Acartonadita, acartonadita...

DON JUAN. ¿Y usted, muy ocupada?

RICARDA. Así, así... Dos o tres lecciones de piano y alguna de francés. Mucho ruido y pocas nueces. Llamo nueces a las pesetas. ¡Ah, si no fuera por aquella herencia providencial, que nos rescató don Juan de la Vega, el Magnánimo, con M mayúscula!...

DON JUAN. Calle usted, Ricarda.

RICARDA. Es justicia.En mi casa,el nombre de usted, desde entonces, se pronuncia como el de un santo.

DON JUAN. Pues no lo soy, no; disto mucho... Es decir, santos hay que comenzaron su carrera así como yo...

RICARDA. ¡Ja, ja, ja! ¡Ay, lo tiene usted todo! Oportunidad, ingenio... todo, todo. ¿Trabaja usted mucho en el bufete?

DON JUAN. Más trabajo fuera del bufete, a decir verdad. En rigor, para mí el bufete...

RICARDA. Sí.

DON JUAN. Hoy día casi lo mantengo y me importa por Antoñito.

RICARDA. ¿Por Antoñito Alonso?

DON JUAN. Vale mucho, me quiere, tiene afición, tiene porvenir... y me complazco en ayudarle.

RICARDA. ¿Y Hormiguero? ¿el célebre Hormiguero? ¿Continúa con su pasmosa erudición?

DON JUAN. Exacto.

RICARDA. ¡Qué hombre! Lo vario de ella es lo que a mí me hace reír. Lo mismo sabe cómo se llama el cura de la Paloma, que el número justo de habitantes de Navalcarnero, que el año en que nació Quintiliano, que cómo se fabrica el algodón pólvora... ¡Ja, ja, ja!

DON JUAN. Es inmenso.

RICARDA. Es un diccionario enciclopédico que se ha casado... ¿Qué le parece a usted la frase?

DON JUAN. Muy original.

RICARDA. Yo hago frases. Tengo esa facilidad, ese don...

DON JUAN. Ya, ya sé...

RICARDA. ¡El bueno de Hormiguero!...

Del bufete sale Troncoso, el del chaleco extraño. Trae varios pliegos.

TRONCOSO. Con permiso. Don Juan, ¿quiere usted firmar estos informes?

DON JUAN. Sí; déme acá.

TRONCOSO. Buenos días, señorita.

RICARDA. Buenos días.

DON JUAN. Este de Aranda lléveselo usted en persona.

TRONCOSO. Sí, señor.

DON JUAN. Dígale usted que esté tranquilo; que ya verá que, lo mismo moral que legalmente, pisa en terreno firme.

TRONCOSO. Bien.

DON JUAN. Los documentos que nos envió, ¿están ahí todos?

TRONCOSO. Menos la declaración de herederos, que se le devolvió anteayer a petición suya.

DON JUAN. Pues no deje usted de llevarle los demás también con el informe.

TRONCOSO. Sí, señor, sí.

DON JUAN. *Entregándole los pliegos firmados.* Ahí tiene.

TRONCOSO. Con permiso.

RICARDA. Adiós, Troncoso. Y aprovecho el momento para darle a usted mi más sentido pésame.

TRONCOSO. Muchas gracias.

Al hombre se le alarga la cara por puntos, e instintivamente se abrocha la americana para que no se le vea el chaleco. Don Juan le hace señas a Ricardita. Ésta no lo advierte.

RICARDA. Yo la estimaba mucho a la pobrecita. Nos veíamos poco, pero nos entendíamos muy bien desde lejos...

TRONCOSO. Sí, sí... *Deseando irse.* Con permiso.

RICARDA. ¿Qué tiempo estuvieron ustedes casados?

TRONCOSO. Cuatro... cinco... seis años y medio... No, no... cinco años y dos meses. Eso es. Con permiso.

RICARDA. Pues... en estos trances, ¿qué se ha de decir? No hay palabras... Recordarla siempre y resignarse... El recuerdo es un culto...

TRONCOSO. Claro... sí... muchas gracias... Con permiso.

RICARDA. Adiós, Troncoso, adiós.

El hombre se va al fin; pero, hasta que desaparece, lleva el temor de ser detenido una vez más por algún otro cumplido elegíaco.

DON JUAN. *Entre pesaroso y risueño.* ¿Usted no sabe lo que ha hecho, Ricardita?

RICARDA. ¿Qué he hecho?

DON JUAN. Ese hombre, a los dos meses de enviudar, ha vuelto a casarse.

RICARDA. ¡Oh, quelle gaffe, mon Dieu!

DON JUAN. Él sabrá disculparla... Le tiene que pasar tantas veces...

RICARDA. Y a mí también. Mire usted que es sino; que es fatalidad. ¡Hago cada plancha!... passez-moi le mot. Doy con lo que le puede molestar a la persona que tengo delante, y lo suelto redondo. *Desolada.* Una verdadera especialidad.

DON JUAN. No...

RICARDA. Sí, señor, sí; es desgracia mía. Me presentan a un tuerto, y lo primero que le digo, es: ¡mucho ojo!

DON JUAN. Yo la miraba a usted intencionadamente...

RICARDA. *Interpretando la frase a su gusto.* ¿Ah, sí...? Pues no lo noté... ¿Seré simple?

DON JUAN. ¡Bah! No tiene importancia. Hablemos de otra cosa.

RICARDA. Hablemos del objeto de mi visita.

DON JUAN. Usted dirá qué tiene que mandarme.

RICARDA. En dos palabras. Antes de venir aquí he estado arriba.

DON JUAN. ¿Dónde?

RICARDA. En el segundo.

DON JUAN. ¿Ha estado usted con Dulce?

RICARDA. Y con su esposo. Me dijeron que aca-

baba usted de estar allí... y me enteraron de la novedad que le aguarda.

Don Juan. Cosas de la vida.

Ricarda. ¡Bonito lance! Y todavía si la señorita fuese agraciada... ¿no, don Juan?...

Don Juan. Poco tiene la pobre que agradecerle a Dios; pero en este caso, como usted comprenderá, Ricardita, me duele que pueda pensarse...

Ricarda. Ha sido una broma.

Don Juan. Lindando con su especialidad.

Ricarda. No, por cierto. La broma culta es una sonrisa del espíritu.

Don Juan. Muy bien. Adelante.

Ricarda. He sabido por Dulce que busca usted una persona que acompañe a esa señorita los días que permanezca en Madrid.

Don Juan. Pensaba en ello; pero ya he resuelto que venga mi tía Nona a vivir esos días conmigo.

Ricarda. Bien. Lo cortés no quita lo valiente. Doña Nona—a la gentileza de usted no podía escapársele—representa en esta ocasión la casa, el escudo familiar... el respeto al sexo; pero por su edad no está para trajines... Una persona distinguida que vaya con esa joven a tiendas, a visitas... que le entretenga las horas de soledad, que le disipe las nostalgias al piano... En fin, don Juan de la Vega, esa persona quisiera ser yo.

Don Juan. *Espontáneamente.* ¡Manolita y su madre!

Ricarda. ¿Cómo?

Don Juan. Que eso es una locura, Ricarda; una locura, que yo le agradezco; pero una locura.

Ricarda. ¿Por qué?

Don Juan. Usted no se ha fijado... Usted... usted tiene muchos quehaceres...

Ricarda. ¡Los dejo todos!

Don Juan. ¿Y yo lo voy a consentir? Por su deseo

de mostrarme a mí un agradecimiento cien veces probado, Ricardita... Porque esa es la madre del cordero.

RICARDA. ¡Oh, no! Esa es una razón entre muchas.

DON JUAN. No me convencería ninguna de ellas. Lo cual no quita que estime en su precio el ofrecimiento de usted.

RICARDA. De todos modos, yo no me resigno a la negativa, don Juan.

DON JUAN. *Viendo el cielo abierto, al reparar en los vecinos que llegan por la puerta de la derecha.* ¡Ah, los vecinos!

Y salen Cardona y Dulcenombre, inseparable matrimonio. Ella es bobalicona y pacífica, y él, por el contrario, inquieto y vehemente. Entre los dos suman un siglo.

DULCENOMBRE. ¿Se puede?

DON JUAN. Pasen, pasen, que ya nos hemos visto todos.

RICARDA. Volvemos a encontrarnos.

DULCENOMBRE. No había conocido la voz. *A Cardona, que mira para el recibimiento.* ¿Qué miras tú, Gorito?

CARDONA. Nada, mujer... A ésta, si no la miro a ella, siempre se le figura que miro algo.

DULCENOMBRE. ¡Qué tonto! Es que me agrada saber lo que miras para mirarlo yo también.

CARDONA. ¡Qué tonta!

DON JUAN. En algún sitio hay que poner los ojos, Dulce.

RICARDA. A veces, sin embargo, no están los ojos en donde parece que están.

DULCENOMBRE. ¿Por qué lo dice usted?

DON JUAN. ¡Por nada! Es una frase de las que suele hacer Ricardita. ¿Quiere usted ver cómo se ha dispuesto la alcoba para esa muchacha?

DULCENOMBRE. ¿Cómo no, si he... si hemos bajado a eso? Pura curiosidad; porque lo que no hayan prevenido doña Nona y Romualda... Éste me lo decía.

CARDONA. Sí; yo se lo decía... Pura curiosidad.

DON JUAN. Ea, pues vamos.

DULCENOMBRE. *A su marido, que se ha puesto de pronto a mirar un cuadro como si no lo hubiera visto nunca.* Anda, Gorito.

CARDONA. Id vosotros, mujer. Yo no entiendo de ciertas cosas...

DULCENOMBRE. *Muy solícita.* Pero ¿te pasa algo?

CARDONA. No, hija mía.

DULCENOMBRE. Sí, sí; no me lo ocultes. A ti te pasa algo, Gregorio. ¿Qué te pasa?

CARDONA. ¡Nada absolutamente, mujer!

DULCENOMBRE. ¿El estómago, quizás? ¿La cabeza? ¿Qué sientes: mareos?

CARDONA. Pero ¿cómo voy a decirte las cosas, Dulce? ¡Llévatela, Juan!

DON JUAN. Sí, Dulcenombre, sí; venga usted allá dentro. No le pasa nada a Gregorio. Además, una ausencia de cinco minutos siquiera, conviene.

DULCENOMBRE. ¿Será burlón?

DON JUAN. Venga usted, venga usted.

RICARDA. ¿Y yo, estorbo?

DON JUAN. ¡Qué pregunta, Ricarda!

RICARDA. Como no me había usted indicado...

DON JUAN. ¡Porque no era preciso!

DULCENOMBRE. Pero ¿cómo va usted a estorbar?...

DON JUAN. Verán ustedes: hasta se ha comprado algún mueblecillo de lujo...

Se va por la puerta del foro, hacia la derecha, con Ricarda y Dulce. Esta última desaparece con los ojos puestos con ternura en su esposo. El cual, no bien se ve a solas, empieza a dar zancadas y manotazos, como preso puesto de pronto en libertad, y a respirar el aire

a todo pulmón, como si tomara inhalaciones salutíferas.

CARDONA. ¡Ah!... ¡Ah!... ¡Qué dicha!... ¡Ah!... ¡Al fin solo! ¡Ah!... ¡Ah!...

En esta graciosa expansión lo pesca Hormiguero, que a punto sale del bufete.

HORMIGUERO. ¿Qué es eso? ¿Qué hace usted?

CARDONA. ¡Respirar, amigo Hormiguero! ¡Respirar a mis anchas!

HORMIGUERO. ¿Se ha ido esa postema?

CARDONA. ¡Se ha ido! Aunque sea un momento, se ha ido.

HORMIGUERO. ¿Lo pone a usted nervioso?

CARDONA. ¡Me pone imposible!

HORMIGUERO. Como a mí; no puedo remediarlo. Antes la vi aquí y di media vuelta. ¡Es mucha pensión! Le ganó don Juan un pleitecillo, de agradecida se ha enamorado de él, y es de estas que dicen: «¡O de ese hombre o de nadie!» ¡Pues de nadie, señora; ya lo está usted viendo!

CARDONA. Pero ¿usted de quién jinojos habla?

HORMIGUERO. De Ricarda Salvado.

CARDONA. ¡Qué disparate! ¡Yo hablo de mi mujer!

HORMIGUERO. ¡Hombre! ¡hombre!

CARDONA. ¡Hombre! ¡hombre! ¡En mi pellejo quisiera yo verlo a usted, querido amigo! Usted, como tiene una mujer prudente y discreta, porque esa Sara es un dechado...

HORMIGUERO. Sí, señor; y Dios me la conserve.

CARDONA. No comprende mi desesperación.

HORMIGUERO. ¿Desesperación?

CARDONA. ¡Y me quedo corto!

HORMIGUERO. ¡Pero si Dulce es una malva!

CARDONA. ¡Una malva que no me deja ni a sol ni a sombra! ¡Yo no dispongo de media hora mía desde que pedí la excedencia! ¡Nunca lo hubiera hecho! ¡Yo no paso un minuto sin Dulce! ¡A despertar con

Dulce, a comer con Dulce, al teatro con Dulce, al paseo con Dulce, a tiendas con Dulce, a los toros con Dulce!... ¡Jinojos!

HORMIGUERO. No se queje usted nunca, amigo Cardona, de exceso de cariño... Y eso no es más que exceso.

CARDONA. ¡No lo sabe usted bien!

HORMIGUERO. Ni olvide usted que en la Epístola de San Pablo se dice textualmente...

CARDONA. ¡En la Epístola de San Pablo se habla de esclavas y de siervas, pero no se habla ni una palabra de sinapismos!

HORMIGUERO. No se sofoque usted de esa manera, querido Cardona. Cálmese usted.

CARDONA. ¡Déjeme usted que me desahogue, Hormiguero! Esto me alivia. Si de cuando en cuando no abriera la válvula, reventaba. Mire usted: yo era un hombre completamente feliz cuando iba a mi oficina. Adoraba en mi cónyuge.

HORMIGUERO. ¿Cónyuge?... Cónyuge no puede decirse.

CARDONA. *Perplejo.* ¿Cómo?

HORMIGUERO. Cónyuges, masculino plural; se refiere al marido y a la mujer juntos. No pueden separarse.

CARDONA. ¿Conque me estoy quejando de eso? ¡Déjeme usted seguir! Decía que yo adoraba en mi esposa. Pero un mal día tuve una pelotera grave con mi jefe y me dió un ataque de nervios en la oficina. De resultas estuve muy malo.

HORMIGUERO. Sí, hombre, si lo sé...

CARDONA. A lo que voy. Dulce, que por su parte adora en mí—¡no puedo negarlo!—me imploró cariñosamente que solicitara la excedencia... Como, a Dios gracias, disfrutamos de un buen pasar... Y la solicité. Temía ella por mi vida si volvía a repetirme

el ataque fuera de casa... Y lo peor es que sigue temiéndolo... y se ha cosido a mí... ¡y ni el tranvía me deja tomar solo! ¡Valiente cataplasma! ¡Cataplasma, sí; no tuerza usted el gesto! ¡Las cataplasmas sirven para curar, pero son cataplasmas! Excuso decirle a usted que ahora soy yo quien teme que me repita en serio el ataque. ¡Pero al lado suyo!

HORMIGUERO. No hay que pensar en eso, Gregorio.

CARDONA. ¿Cómo que no? ¡Es una esclavitud, Pascualito; es un centinela! Yo no he sido nunca un mal marido... en nada grave, grave, le he faltado jamás a mi mujer... pero, vamos, entre hombres todo cabe decirlo... una canilla al aire de cuando en cuando, ¿quién no la echa? ¿Eh? ¡Si es hasta necesario para la paz del matrimonio! ¿Eh?

HORMIGUERO. Yo, sobre ciertas cosas espirituales tengo mi opinión personal... Porque, como decía Santa Teresa... ¿Usted no ha leído *Las Moradas*?

CARDONA. *Desconcertado. ¿Las Moradas?* ¿Quiere usted callarse, hombre de Dios?

HORMIGUERO. Es que la santa cree...

CARDONA. Un momento... Me parece que ha parado aquí un automóvil.

HORMIGUERO. Sí; sí ha parado, sí. Será la viajerita.

CARDONA. ¿Qué hora tenemos? ¿La una y cinco? Ella debe ser.

HORMIGUERO. *Rectificándole.* Debe de ser.

CARDONA. Eso digo; que debe ser ella.

HORMIGUERO. Debe de ser, insisto. No es igual *debe* que *debe de.*

CARDONA. ¿Y eso?

HORMIGUERO. *Debe ser* equivale a que tiene que ser por fuerza; supone obligación; y *debe de ser* supone duda. Puede que sea; ¿usted comprende?

CARDONA. Sí, señor; desde luego. Percibo el matiz. Mi mujer *debe dejarme* en paz.

HORMIGUERO. ¡Justo!

CARDONA. ¡Por lo demás, no tengo los nervios para tiquis miquis gramaticales! *Se va de estampía por la puerta de la derecha.*

HORMIGUERO. ¡Je, je! Está delicioso... No, y en el fondo tiene razón... *Prestando oído.* Ah, pues sí es la señorita que aguardamos. ¿Y don Juan? Voy a prevenirle... ¡Vaya un regalito de Pascuas que nos ha caído a todos!

Se encamina hacia el foro, cuando lo detiene la voz de Cardona, que vuelve todo alborotado.

CARDONA. ¿Pero quién ha sido el zampatortas?...

HORMIGUERO. ¿Eh?

CARDONA. ¿Quién ha sido el majadero que ha dicho que esa mujer es fea?

HORMIGUERO. ¿Cómo?

CARDONA. ¡Si es un lucero! ¡Un lucero!

HORMIGUERO. ¡Caray! ¡Pues se ha confundido don Juan! O será que como la vió hace tiempo, a lo mejor en el desarrollo... De la madre de Nerón se cuenta que era muy fea de niña. ¡Y mire usted luego!... Esto ya es otra cosa. Vamos a ver, vamos a ver... *Cambia de dirección y se va a escape por la puerta de la derecha.*

CARDONA. ¡Ca! ¡Esa criatura ha tenido que ser siempre un lucero! ¡Un lucero! *Maquinalmente abre la mampara del bufete.* ¿Adónde vas, hombre? ¡Dios mío, qué muchacha! ¡Quiera Dios que Dulce me deje algún día bajar solo!

Pasa Hormiguero como una exhalación de la puerta de la derecha a la del foro, por donde se va entusiasmado a darle a don Juan la buena nueva.

HORMIGUERO. ¡Un lucero! ¡un lucero!

Suárez, escribiente del bufete, asoma en esto por la mampara.

SUÁREZ. ¿Quería usted algo?

CARDONA. *Automáticamente.* ¡Un lucero!

SUÁREZ. ¿Qué?

CARDONA. ¡Una rosa! ¡Verá usted qué preciosidad, Suárez!

SUÁREZ. ¿Quién?

CARDONA. ¡La catalanita, que está ahí!

SUÁREZ. ¿Pues no decían que era tan fea?

CARDONA. ¡Una rosa! ¡Un lucero!

SUÁREZ. ¡Este don Juan!...

Salen por la puerta de la derecha Antoñito, Amalia, doña Nona, Julia y Arístides, y por la del foro, a la vez, don Juan, Dulcenombre, Ricarda y Hormiguero. Antoñito, Arístides y Julia traen los bultos de mano de la recién llegada, la cual, en efecto, es muy bella e interesante. Viste de luto. En la mano trae un ramo de flores. La misma sorpresa que a Cardona produce su presencia a cuantos hasta ahora no la han visto, incluso al mundano don Juan.

ANTOÑITO. Por aquí, señorita...

DON JUAN. *Adelantándose a saludarla.* ¡Oh!... Señorita...

DOÑA NONA. Aquí tienes ya a la golondrina.

AMALIA. *Con voz turbada y débil.* Señor don Juan...

DULCENOMBRE. *Admirada.* ¡Ah!

RICARDA. *Celosa.* ¡Oh!

DON JUAN. ¿Viene usted muy fatigada del viaje?... Siéntese usted... Le pido mil disculpas por no haber ido a recibirla...

AMALIA. ¡Por Dios!...

DON JUAN. Eran mi deber y mi gusto... pero un quehacer inaplazable... ¿No se sienta usted? Deseo que, desde el primer instante, considere que viene a su casa, y adquiera aquí una familiaridad absoluta... Le da a usted derecho a ella, primero que nada, el ser usted quien es y la amistad que un tiempo me unió a mí con su padre; luego, el fuero de su sexo, el de su belleza y el de su desventura...

AMALIA. Muchas gracias, don Juan... muchas gracias... Ya sé por mi padre que es usted muy bueno... muy caballeroso... *Desvaneciéndose.* ¡Ah! *Déjase caer en una silla.*

DON JUAN. ¿Se pone usted mala, señorita?

AMALIA. No... no... es que estoy muy débil... no valgo para nada... El tren me marea... Y además... tantas impresiones... ¡Jesús!... *Pierde el sentido.*

DON JUAN. ¡Amalia!

DOÑA NONA. ¡Amalita!

ANTOÑITO. ¡Se ha desmayado!

HORMIGUERO. ¡Pobre criatura!

RICARDA. ¡La flechó!

Revuelo general. Simultáneamente todos quieren prestar su auxilio.

DON JUAN. ¡Agua! ¡un poco de agua!

DULCENOMBRE. ¡Aire! ¡aire!

DOÑA NONA. Aquí está mi abanico.

JULIA. Iré yo por el agua.

RICARDA. ¡Quitarle el velo!

ARÍSTIDES. Lo mejor es que huela vinagre.

HORMIGUERO. No es nada... un mareíllo leve...

CARDONA. El cansancio, el viaje...

ANTOÑITO. Ya temí yo en el coche...

SUÁREZ. ¡Vaya por Dios!

CARDONA. *A Suárez.* ¡Desmayada está aún más bonita!

DON JUAN. Amalia... Amalia...

DOÑA NONA. Amalita...

DULCENOMBRE. ¿No vuelve?

Troncoso asoma curiosamente por la mampara; don Juan abanica a la joven; Antoñito recoge del suelo las flores que dejó caer al desmayarse. Entre tanto baja el telón.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primero. Es por la tarde, en el mes de noviembre.

Ricarda, en traje de casa, dispone a su gusto los muebles y algunos cacharros de adorno.

RICARDA. Así, señor; así... Que se note una mano distinguida... moderna... Doña Nona, del siglo pasado; y esa Romualda, la pobre, cree que sabe algo de «ménage», y huele a pardillo de dos leguas.

Sale Julia por la puerta del foro. Viene de la parte de la derecha.

JULIA. Señorita, ¿me llamaba usted?

RICARDA. Te llamé hace rato.

JULIA. Estaba atendiendo a la señorita.

RICARDA. ¿Todavía sigue en el tocador?

JULIA. Sí, señorita.

RICARDA. ¡Qué mal dice de la hermosura tanto aliño!... Yo nunca he sido así.

JULIA. Eso será que la señorita no se acuerda.

RICARDA. No tengo edad para haber perdido la memoria.

JULIA. Usted dispense.

RICARDA. Llégate al segundo, y anúnciales a los señores que la señorita Amalia no sale esta tarde, por si quieren bajar un ratito.

JULIA. Señorita, el recado ese lo ha llevado ya Arístides.

RICARDA. ¿El botones? ¿Y quién lo ha quitado de la puerta? ¿Quién ha ordenado eso?

JULIA. La señora Romualda.

RICARDA. ¡Claro! La *señora* Romualda había de ser. La infeliz no sabe mandar. Aunque la Romualda se vista de seda... Romualda se queda. *Se dirige hacia el foro. En la misma puerta se cruza con don Juan, que viene de la parte de la izquierda, y le dice confidencialmente, estrechándole con emoción una mano:* ¡Ay, don Juan! ¡Usted tenía toda la razón! ¡Estoy sufriendo mucho!

DON JUAN. *En tono muy distinto que ella.* ¡Yo también! *Ricarda se va por la puerta del foro, hacia la izquierda, lanzándole a don Juan una mirada que debiera abrasarlo, y Julia por la de la derecha, aguantando la risa.* ¡Esto no le pasa a nadie más que a mí! ¿Qué consideración me obligaba a meter en la casa a esta cursi de todos los diablos?

Sale por la puerta de la derecha Arístides, con dos cartas.

ARÍSTIDES. Estas cartas, señor.

DON JUAN. ¿Del correo?

ARÍSTIDES. Sí, señor; de Madrid. El último reparto de hoy.

DON JUAN. ¿Vinieron por la contestación de la de esta mañana?

ARÍSTIDES. Sí, señor; hace un rato. Vino una mujer. Palpó el sobre, y dijo: «Dos pesetas.» Se conoce que tiene práctica.

DON JUAN. Bueno, bueno.

ARÍSTIDES. ¿Algo más?

DON JUAN. Sobra casi todo.

ARÍSTIDES. Dispense el señor. *Se marcha.*

DON JUAN. De Elisa... y de la Pajarita. Rabian de verse juntas... Y han venido juntas, sin embargo. Una blanca y otra de color. Vamos a ver primero

por dónde sale este cohete. Aires andaluces. *Abre la azulada, y la lee para sí.* ¡Je! ¡Qué tipo! Escribe como habla: es estarla oyendo. Con el encanto, además, de una ortografía suya exclusivamente. ¿Qué pone aquí? *Asoma por la derecha del foro Amalia. Al ver a don Juan abstraído en la lectura, sigue por el foro hacia la izquierda. En la mano lleva una rosa.* «... un negocio de... de...» ¡Ah! ¡«de asitunas»! ¡Cualquiera entendía!... ¡Bueno! Inesperada, como de costumbre. Iremos a verla. *Rompe la carta y la echa al cesto.* ¿Y la otra, qué traerá? ¿Acuse de recibo solo?... *La abre.* No: es algo más que eso. ¿A ver?... *Lee.* «Llegó a mis manos lo de siempre. Dios te lo pague. ¿Y sabes una cosa? ¿Me atreveré? ¿Por qué no? Si estuviera ante tus ojos, quizás callaría. Con la pluma, lejos de tu persona, me atrevo. ¿Sabes una cosa? He tomado tu regalo esta vez con miedo; como nunca; con un temblor que parecía un presentimiento de algo muy triste para mí. ¿Por qué habrá sido esto? Tú acaso lo sepas... y yo acaso podría imaginarlo. Pero no quiero, no. No quiero pensar en tal cosa. Aunque ya no soy sino una amiga agradecida a tu bondad, no quiero pensar en tal cosa. ¿Ves? Estoy llorando. Adiós. No lo quiero pensar. Elisa.—Mis nenas me dijeron anoche que por la tarde te habían visto de lejos en el teatro.» ¡Pobre Elisa! *Mete el pliego en el sobre, y se lo guarda en la cartera.* No cabe dudar que en Madrid se miente, se habla... *Vuelve Amalia en esto por la puerta del foro. Se ha aliviado graciosamente el luto. Su belleza parece florecer con los cuidados de la casa en que está. Es coqueta, zalamera, mimosa y consciente del turbador influjo de sus encantos, los cuales pone en juego con habilidad y complacencia. Habla con un tonillo particular, dulce y cariñoso.*

AMALIA. ¿Era alguna mala noticia?

DON JUAN. ¿Qué?

AMALIA. Pasé antes por ahí, y lo vi a usted leyendo una carta con tanto ceño...

DON JUAN. ¡No!...

AMALIA. Me pareció a mí.

DON JUAN. Pues no tenía ninguna importancia. Era una carta de fórmula simplemente.

AMALIA. Ya.

DON JUAN. Del ministro de Instrucción Pública.

AMALIA. ¿Del ministro de Instrucción Pública?

DON JUAN. Sí.

AMALIA. Ya. *Mira con disimulo al cesto de papeles.* Pues yo le traía a usted una rosa del ramo que me han enviado los vecinos...—¡qué amables! ¿eh?—y no me atreví a distraerlo. ¿Quién cree usted que se ha quedado con ella?

DON JUAN. ¿Quién?

AMALIA. Su secretario: don Pascual. No ha parado hasta que se la he puesto yo misma en la solapa. Bueno, luego le pondré a usted otra; no se encele del secretario.

DON JUAN. Muchas gracias. La reclamaré, si a usted se le olvida.

AMALIA. Pues voy a hacer que se me olvide. No más que por ver si usted se acuerda de reclamarla. ¿Y sabe usted, señor don Juan, que estoy contrariadísima?

DON JUAN. ¿Por qué?

AMALIA. Por la tardanza de papá. El *cable* de ayer me ha disgustado mucho.

DON JUAN. Al revés que a mí. Mientras más tarde en llegar a Madrid el benemérito autor de sus días, más tiempo estará usted en mi casa. Un poco de egoísmo.

AMALIA. La galantería no podía faltarle. Pero yo

le temo al genio de papá, que está en ayunas de que usted no es casado.

Don Juan. ¡Bah!

Amalia. ¿Cómo se le metería en la cabeza que lo era usted?

Don Juan. Es noticia que se ha publicado tres o cuatro veces, sin ningún fundamento. Se conoce que me tienen ganas.

Amalia. Por algo será.

Don Juan. Pero creo, Amalia, que sin ser casado, he sabido rodearla a usted en mi casa de todos los respetos.

Amalia. Y aun de todos los mimos.

Don Juan. De mimos no hable usted, porque usted mima más que nadie. Usted, callada, mima.

Amalia. ¿Ah, sí? Pues no me doy cuenta.

Don Juan. *Remedándola por halagarla.* ¿Ah, no?

Amalia. No. Pero usted es muy mal pensado. Por lo demás, no me sorprende que me halle usted mimosa. Había yo de haber sido por naturaleza un puerco espín, y con la vida que he llevado me hubiera vuelto una tortolita. Usted sabe bien que las costumbres modifican la condición de las personas... ¡y yo he mimado tanto en este mundo!

Don Juan. ¿A quién, Amalia?

Amalia. ¿Me va usted a decir que le tiene envidia?

Don Juan. Justo.

Amalia. Pues no se la tenga. Mis mimos han sido para mi madre, enferma largos años, y para su hermana, cuando papá se marchó a Buenos Aires. De manera que la envidia de usted no está en su lugar. Envidie usted otra cosa cualquiera.

Don Juan. Por ejemplo, del porvenir.

Amalia. Bueno.

Don Juan. Sí, porque al presente, el digno de envidia soy yo.

AMALIA. ¿Por la ganguita de tener en su casa una fea?

DON JUAN. ¡Por esa ganguita!

AMALIA. ¡Lo graciosa que estuvo Ricarda el día que me dijo que usted esperaba en mí una visión, y andaba por la casa cazando moscas!

DON JUAN. ¡Ah, sí! ¡Muy graciosa estuvo!

AMALIA. Pues ya ve usted: mi prima, con quien usted me había confundido, tan fea y todo, se ha casado ya...

DON JUAN. La suerte de las feas... Ríase, ríase usted, que su risa me encanta. Aunque sea para burlarse de mí.

AMALIA. ¡Dios me libre! ¿Qué hay de particular en mi risa, don Juan?

DON JUAN. Que a la vez detiene y atrae, Amalia.

AMALIA. ¿Y por eso quiere usted que me ría?

DON JUAN. Por eso.

AMALIA. ¿Por eso?

Antoñito asoma por la mampara.

ANTOÑITO. Con permiso, don Juan.

DON JUAN. ¿El teléfono?

ANTOÑITO. Sí, señor.

DON JUAN. Lo suponía. ¿Calonge?

ANTOÑITO. No, señor. Sí, señor: Calonge.

DON JUAN. Un momento, Amalia.

AMALIA. ¡Los que usted necesite! La obligación...

DON JUAN. ¡Los pleitos de la gente!... *Éntrase en el despacho.*

AMALIA. *Deteniendo a Antoñito, que sigue a don Juan.* Creí que se había usted marchado ya, Antoñito.

ANTOÑITO. Tengo en estudio un asunto que me interesa enormemente, y no sé dejarlo. Un divorcio.

AMALIA. Ah, ¿un divorcio? ¿Por causa del marido?

ANTOÑITO. ¿Cómo no? Hasta luego.

AMALIA. ¡Meta usted a ese hombre en la cárcel!

ANTOÑITO. ¡Si estuviera en mi mano!... *Vuélvese al bufete.*

Amalia, sola, coquetea consigo un momento. Luego, segura de su soledad, se deja llevar de una traviesa idea que le asalta. Coge del cesto de los papeles dos o tres pedacitos de la carta de la Pajarita, y los lee maliciosamente. «Guéspeda....» «Coracón...» «Asitunas...» ¡El ministro de Instrucción Pública no sabe ortografía!

Llega Ricarda por donde se fué.

RICARDA. ¿Soy indiscreta?

AMALIA. Conmigo nunca, Ricardita. Además, estoy sola.

RICARDA. Sola no está nunca una muchacha de veinte años. La acompañan siempre sus pensamientos.

AMALIA. Eso sí.

RICARDA. Pues mucho cuidado con el rumbo que el corazón les dé... *Sigilosamente.* Este hombre es muy peligroso.

AMALIA. *Buscando en torno suyo, por burla.* ¿Cuál?

RICARDA. Tan peligroso como bueno. Yo he querido pasar unos días respirando su atmósfera, y voy a salir envenenada. Más de lo que vine. Cuando usted adquiera plena confianza en mí, podré serle muy útil. El amor que sin esperanza espera, es agua salobre. ¿Ve usted cómo hago frases?

AMALIA. Y muy poéticas. Ya se lo he dicho a usted.

En este momento sale por la puerta del foro Hormiguero, que viene de la parte de la izquierda, decidido y aprisa. Al ver a Ricarda se para en seco, y gira sobre los talones para cambiar de dirección y escapar de ella. Ésta lo ve y lo llama.

RICARDA. ¡Hormiguero! ¡Señor de Hormiguero!

Hormiguero. *Volviéndose.* ¿Eh?

Ricarda. ¡Que no nos comemos a nadie!

Hormiguero. No; si es que venía al bufete por un libro, y recordé de pronto que lo tengo allá, en mi despacho. ¡Je, je!

Ricarda. ¡Y qué florido lo veo a usted esta tarde!

Hormiguero. ¡Se vive!

Ricarda. ¿Quién ha sido ella? ¡Porque usted es tremendo! ¿Alguna camarera de un *tupi?*

Hormiguero. ¡Agua va! *Se marcha escapado. Amalia disimula su risa.*

Ricarda. *A Amalia.* Ojo también con este secretario, que ve crecer la yerba.

Amalia. Tendremos ojo con los dos.

Sale doña Nona por la puerta del foro.

Doña Nona. Oiga usted, doña Ricardita.

Ricarda. Señora.

Doña Nona. ¿Ha sido usted quien ha mandado a Roque por clavos de adorno?

Ricarda. Precisamente yo. ¿Por qué, señora?

Doña Nona. Porque parece que en la despensa hay hasta seis o siete kilos de esos clavos. Me lo acaba de decir Romualda, que está por las nubes.

Ricarda Mucho han tenido que bajar las nubes para llegar hasta Romualda. Pero eso es que Roque me ha entendido mal. Voy a ponerlo en claro. *Vase por la puerta del foro, hacia la derecha.*

Doña Nona. *Viéndola irse.* A estas señoras, que ahora es moda que acompañen a las señoritas, les llaman «carabinas», ¿no?

Amalia. «Carabinas»... y otra porción de cosas.

Doña Nona. Pues esta es la carabina de Ambrosio. ¡Qué mujer más inútil! Todavía tú y yo la sobrellevamos con disimulo; pero a Romualda se le ha montado en las narices, y el mejor día se va a acordar de

que nació en la calle de Toledo, frente al parador de la Úrsula, y va a haber que alquilar balcones para oírla. Hace falta ser de jalea de membrillo para meterla aquí. Estando yo, ¿qué pinta ella? ¡Pero como para las faldas ha desterrado el *no* de su boca el don Juan de las Viñas este!...

AMALIA. Para las faldas y para todo el mundo, ¿no cree usted?

DOÑA NONA. No, doña Cazurrita; ni tú tampoco. Para las faldas, para las faldas. Con todo el mundo es bondadoso; pero con las mujeres va más allá de lo debido. Menos mal que no las mete en casa, como yo temía. Pero es un mujeriego incorregible, desatentado. Todos los hombres son... como Dios los ha hecho; pero cuando dejan un enredillo, ¡se acabó! lo dejaron, y punto final. Él, no.

AMALIA. ¿El, no?

DOÑA NONA. Entiéndelo tú, que no eres torpe; el enredillo acaba... pero queda transformado en amistad finísima... en relación afectuosa... en ¡qué sé yo los nombres que él le pone a lo que no es más que una estela de faldas!

AMALIA. ¡Una estela de faldas!...

DOÑA NONA. ¡Tú verás! Y el diantre del hombre, que ha podido ya casarse muy bien tres o cuatro veces, lo echa todo a rodar con sus *clases pasivas*. En cuanto las novias o las familias de las novias se dan cuenta de que lleva consigo una cadena de suspiros y de recuerdos, cuando no de algo más, ¡adiós las bendiciones!

AMALIA. ¿Ah, sí?

DOÑA NONA. ¡Pues claro que sí! ¿Qué mujer sensata ha de conformarse?... La luna de miel gusta de lucir sin estrellas, niña. Y que son, como te digo, ciento y la madre.

AMALIA. ¿Son muchas, verdad?

Doña Nona. ¡Ciento y la madre! Hasta en el otro mundo las tiene.

Amalia. ¿Cómo?

Doña Nona. Hace unos cuantos días se presentó aquí un tipo, mal fachado, con traza de golfo, que a mí me llamó la atención. ¿Cómo recibe mi sobrino a un hombre de esa estampa? Y Romualda me dió la clave. ¡Es un hermanito de una preciosidad de Antequera, que se murió!... Y el nene se ha dedicado a explotar su memoria, gracias al pánfilo de don Juanito.

Amalia. ¿Qué me dice usted?

Doña Nona. Lo que oyes. Viene, le recuerda a la muerta—que dice Romualda que era divina,—finge que llora, o llora de verdad, le hace un pasaje de comedia... y el otro simple acaba por rascarse el bolsillo. *Pausa.* ¿En qué piensas?

Amalia. En eso.

Doña Nona. ¿En eso, eh? Tú quizás te preguntes: pero esta vieja, ¿a qué me cuenta a mí ciertas cosas? Y esta vieja cree que cumple un deber. Así se duerme con la conciencia más tranquila.

Amalia. No comprendo...

Doña Nona. Sí comprendes, doña Solapadita; sí comprendes.

Amalia. A mí me gusta enterarme de todo... Estos hombres tan enamorados tienen una vida muy novelesca... *Adelantándose a recibir a Cardona y a Dulcenombre que aparecen por la puerta de la derecha.* ¡Vecinos! ¡Tanto bueno por aquí!

Dulcenombre. Lo bueno lo venimos buscando nosotros.

Cardona. Amalita... Señora...

Dulcenombre. Señora, buenas tardes.

Doña Nona. Bien venido el matrimonio modelo. ¡Siempre juntos como los ves, Amalia!

DULCENOMBRE. ¡Siempre!

CARDONA. ¡Siempre! Y al que le pique que se rasque; ¿no, doña Nona?

DOÑA NONA. ¡Que se rasque!

Cardona se rasca a hurtadillas.

AMALIA. Un encanto las rosas, Dulce.

DULCENOMBRE. ¿Le han gustado?

AMALIA. Pero me abochornan ustedes con tantas atenciones... Yo no sé qué hacer.

DULCENOMBRE. Eso no vale nada, Amalia.

DOÑA NONA. Sí, sí, la miman todos mucho. Usted y todos. Y tanto mimo, engríe.

CARDONA. ¿Te enteras, Dulce? Tanto mimo, apesta.

DOÑA NONA. Yo no he dicho apesta.

CARDONA. Porque usted está muy bien educada.

DULCENOMBRE. Mejor que tú. Llevas unos días muy revuelto.

Del despacho sale don Juan.

DON JUAN. ¡Hola! Buenas tardes, pareja feliz.

DULCENOMBRE. Buenas tardes, don Juan.

CARDONA. Ven con Dios, muchacho.

DON JUAN. ¡Pesadez de bufete! Si no fuera por lo que es...

AMALIA. Larguita ha sido la conferencia por teléfono... ¿Vamos allá, Dulce?

DULCENOMBRE. Vamos.

CARDONA. Yo voy a fumar un cigarrillo con éste.

DULCENOMBRE. No fumes demasiado, Gorito.

CARDONA. Si más que nada es por charlar.

AMALIA. Sí, sí; quédense hablando de sus cosas.

DOÑA NONA. Llamaremos nosotras a doña Ricardita, para que nos toque el piano.

CARDONA. ¡Y qué mal lo toca la condenada!

DOÑA NONA. Pero mientras lo toca, no hace frases.

Todos se ríen.

DULCENOMBRE. ¡La pobre!...

AMALIA. Y luego, Dulce, quiero yo que usted me enseñe ese punto de aguja tan bonito...

Se van las tres por la puerta del foro, hacia la derecha, conversando.

CARDONA. *Tras un silbido de admiración.* ¡Qué desatino de mujer!

DON JUAN. ¿Cuál?

CARDONA. ¡La mía! ¡Quién estuviera en tu pellejo, don Juan de la Vega!

DON JUAN. ¿Para qué?

CARDONA. ¡Bandido! ¿Para qué? ¿En qué canto del poema te andas?

DON JUAN. ¡No seas tú también majadero!

CARDONA. ¿Yo también? ¿Luego hay muchos majaderos que te dicen lo mismo?

DON JUAN. ¡Ponle puertas al campo!

CARDONA. ¡Pónselas tú!

DON JUAN. Pero, ¿en qué cabeza cabe, Gregorio?... ¡Bah! Por lo visto nadie me conoce. ¡Una criatura hospedada en mi casa!...

Llega el Capitán por la puerta de la derecha.

CAPITÁN. ¡Caballeros y amigos!

DON JUAN. ¡Capitán!

CARDONA. ¡Felices, Capitán!

CAPITÁN. Voy a hablar por teléfono cuatro palabrillas.

DON JUAN. Estás en tu casa, Capitán.

CAPITÁN. Chico, no me dejan vivir... ¡Una rubia!...

Haciendo aspavientos ponderativos se entra en el despacho. Cardona y don Juan sueltan la carcajada.

DON JUAN. ¡Qué famoso es!

CARDONA. ¿Y yo que le oía llamar el Capitán, y se lo llamaba por rutina, y hasta hace poco no he sabido por qué se le llama el Capitán?

DON JUAN. ¡Sí, hombre! ¡Porque con unos aficio-

nados hizo una vez el Centellas de un modo desastroso!

CARDONA. ¡Eso me ha contado Hormiguero!

Sale Hormiguero del despacho.

HORMIGUERO. ¿Qué, qué le he contado yo? A la orden, querido Cardona.

CARDONA. Salud, Hormiguero. Lo del mote del Capitán.

HORMIGUERO. Ah, sí. Hoy viene magnífico. ¡Ya no puede con tantas aventuras! Me ha rogado que lo deje solo. Y a Antoñito también. ¡Y acaba de pedir comunicación con el trece trece!

CARDONA. ¿Con el trece trece?

HORMIGUERO. ¡Que es su zapatería! *Ríen todos.* Veremos luego con qué patraña sale.

CARDONA. Pero, ¿está usted seguro?...

HORMIGUERO. ¡Segurísimo! «La bota de oro.» Yo conozco mucho esa tienda. Allí también se calza Estévez, nuestro agente de Bolsa.

DON JUAN. ¿También?

HORMIGUERO. Sí, sí; allí se calza. Y tiene hormas suyas.

DON JUAN. ¡Ja, ja, ja! ¡Este secretario!... ¿Un cigarrillo?

HORMIGUERO. Venga.

CARDONA. ¡Venga, qué diantre! *Cantando de pronto.*

«Cuando veo unos ojitos negros,
negros, negritos, como mi suerte...»

DON JUAN. ¡Querido Cardona: estás desconocido hace días!

HORMIGUERO. ¡Sí por cierto!

DON JUAN. ¡A ti te sucede algo dichoso! Tú ríes, tú cantas, tú bromeas...

HORMIGUERO. No reniega de Dulcenombre...

Cardona. ¡Ay, amigos míos! ¡El mundo da vueltas a diario!

> «Con mi *chaleco* gris me acerco
> a los rosales del jardín...»

Hormiguero. Con mi *cabello*, dice Rubén Darío; no con mi *chaleco*.

Cardona. Ya lo sé. ¡Pero como Dulcenombre no quiere verme canas y me tiñe el pelo de azul... yo tengo que alterar el verso!

Hormiguero. Ah, vamos. ¿Qué tinte usa usted? ¿La *Juvenolina?*

Cardona. ¡Qué sé yo! Es a gusto de Dulce.

Hormiguero. Pues le voy a recomendar uno nuevo, de industria catalana, que es la última palabra de la química. Está hecho a base de raíz de café, y da un castaño muy bonito.

Don Juan. Bueno, bueno; volvamos a los rosales del jardín. ¿A cuál te acercas, si puede saberse, Gregorio? ¿Qué rosita has cogido?

Cardona. Te diré: rosita, ninguna. Rosa, rosa. Yo no hago el cadete ni el ridículo. Me dedico a las contemporáneas.

Don Juan. ¿A las contemporáneas tuyas?

Cardona. Las contemporáneas de los hombres no son nunca las de su edad, sino las que tienen diez o quince años menos... Y ellas a nosotros y nosotros a ellas, nos perdonamos insensiblemente los agravios del tiempo... Los pelos teñidos, las arrugas, las patas de gallo, las muelas de oro... ¡todas las gracias de la edad!

Hormiguero. Un amigo mío, dado a los versos, que piensa como usted, ha hecho esta parodia de Campoamor:

> «Las madres de las hijas que yo canto,
> me gustan más... o por lo menos tanto.»

CARDONA. ¿Le gustan más las madres que las hijas?

HORMIGUERO. Así dice.

CARDONA. A mí, no. A mí me gustan más las hijas. Pero con las madres voy más tranquilo.

DON JUAN. ¿Y quién es la víctima?

CARDONA. La víctima... ¡la víctima a última hora seré yo! *Con toda precaución y misterio.* Se trata de una cupletista que ya no está en activo, con la que he merendado un par de tardes: Coralito Vargas.

HORMIGUERO. ¡Ah, Coralito Vargas!

CARDONA. ¿La conoce usted?

HORMIGUERO. Sí, señor. Desde que era camarera en «El Napolitano». Muy guapa y muy fresca, don Juan. ¡Ya lo creo!

DON JUAN. ¡Miren el cautivo!

CARDONA. Yo traté un poco a esa muchacha en sus verdes años.

HORMIGUERO. Los años de Coralito siempre han sido verdes, si no lo toma usted a mal.

DON JUAN. ¿Y cómo te las has compuesto para burlar a tu carcelera?

HORMIGUERO. ¡Eso sí que es interesante!

CARDONA. «¡Ardides del juego son!» ¿No me sorprenderá la carcelera?

DON JUAN. No temas; se la ha llevado Amalia a su gabinete.

CARDONA. Pues van ustedes a reírse. Como mi mujer se ha convertido de mujer en parche poroso, y está siempre adherida a mí, resulta que no tengo más ocasiones para mis trapicheos galantes que los entierros de los amigos.

DON JUAN. ¡Qué barbaridad!

HORMIGUERO. ¡Pero, hombre!

DON JUAN. ¡Eso no se puede oír en paciencia!

HORMIGUERO. ¡Eso es macabro!

Cardona. Eso, en último caso, es *donjuanesco*, simplemente. Don Juan Tenorio invita todos los años a cenar en su casa al Comendador, ya difunto, y nadie se subleva. Continúo. Mi caso es muy distinto. Se murió días atrás la suegra de Borrajas, un antiguo compañero de oficina. Era deber mío asistir al entierro. Me despegué de Dulce, me puse la levita y la canariera, y al tomar un simón en la calle de Ayala, ¡zás! Coralito Vargas que sale de una casa de enfrente «¡Hombre!... ¡Qué sorpresa!... ¡Tanto tiempo sin vernos!... ¿Qué tal? ¿Qué tal?...» ¡Las cosas naturales! Iba guapísima. Resumen: que opté, en el acto, por un cambio de vía.

Hormiguero. Sí; se comprende.

Don Juan. Se comprende, sí. Es delito con atenuantes... ¡Una suegra!

Cardona. ¡Claro! ¡Y qué suegra! Le amargaba la existencia a Borrajas. Él mismo me lo dijo, cuando le di el pésame: «¡Los dos hemos pasado a mejor vida!»

Don Juan. ¡Ja, ja, ja!

Cardona. De manera que me llevé a Coralito a casa de Morán, la convidé a unos langostinos y a unas copas de «Fino gaditano», y pasé dos horas deliciosas. Pero lo malo es que me ha quedado en el espíritu un germen venenoso, y ya me he sorprendido más de una vez mirando a los conocidos que tienen mala cara con intención perversa.

Don Juan. ¡Oh!

Hormiguero. ¡Caray!

Cardona. Un sentimiento así como si los fuera a heredar.

Hormiguero. ¡Ah, pues conmigo no cuente usted en mucho tiempo!

Cardona. Hasta ahora me ha favorecido la suerte: no me puedo quejar. Los dos muertos han sido

de poca importancia. La suegra de Borrajas y un usurero a quien odiaban en todos los ministerios de Madrid. La otra mañana se murió de repente, y se lo agradecí en el alma. Y como la práctica hace maestro, ya ese día me llevé en el bolsillo unos guantes grises y una corbatita colorada, para quitarle a la aventura aspecto funerario, y me transformé en casa de Morán antes de que llegara la palomita. ¡Otro hombre! La acompañé luego en el coche a su domicilio, volví después a caracterizarme de entierro... ¡y a vivir!

Don Juan. ¡Bueno! ¡Don Juan Tenorio no tiene entre las suyas una página tan cínica como esa! ¡El verdadero Don Juan Tenorio!

Hormiguero. ¡Ni el de Byron, ni el de Tirso, ni el de Molière!

Don Juan. ¡Ni tan cínica ni tan espeluznante!

Cardona. Ustedes búrlense lo que quieran.

Vuelve el Capitán de su conferencia telefónica.

Hormiguero. ¡Capitán!

Capitán. Las niñas de la Central me conocieron en la voz, y hemos tenido un rato de dimes y diretes.

Hormiguero. ¡Ya nos parecía a nosotros mucho tiempo para encargarse botas nada más!

Capitán. *Sin enterarse.* ¿Alguno de ustedes quiere ir esta noche a Romea?

Hormiguero. Hombre, yo no; yo iré con mi mujer al *cine.*

Cardona. Yo no saldré de casa.

Don Juan. Yo creo que tampoco.

Capitán. Pues, por si varían ustedes de opinión, sepan que el palco número siete estará ocupado por un par de mujeres que quitan la cabeza. Acabo de ofrecérselo. Dos hermanas.

Don Juan. ¿Una morena y una rubia?

CARDONA. ¿Hijas del pueblo de Madrid?

CAPITÁN. No, no: las dos rubias, y de Jerez de la Frontera. Mixtas. ¡Buenas mujeres! ¿Qué será que la sangre andaluza y la inglesa, mezcladas, dan esos tipos? Conque dicho queda: el que quiera ir que tome mi nombre...

DON JUAN. Pero, ¿tú no vas?

CAPITÁN. No, chico, no. Me voy a meter en la cama ahora mismo. Me he enfriado un poco... estoy malucho.

CARDONA. *Sintiendo brotar el venenoso germen.* ¿Que está usted malucho?

Don Juan y Hormiguero cruzan una mirada y un gesto de indignación cómica.

CAPITÁN. No tengo el cuerpo en caja. ¡Figúrese usted: bebiendo *Pommery* hasta las seis de la mañana!... La broma estaba en no dejarlo hasta llenar de corchos mi chistera. ¡Disparates! ¡Salud, señores!

Se va por la puerta de la derecha.

DON JUAN. Adiós, Capitán.

HORMIGUERO. Que usted se alivie, Capitán.

CARDONA. Vaya usted con Dios, Capitán.

HORMIGUERO.

«¿Cuándo aquí sin su presencia
tuvieron lugar las orgias
que han hecho raya en la época?»

DON JUAN. Lo que es intolerable, Gregorio, es que ya quieras hacer leña de todos los amigos. ¡Te ha asomado a los ojos un brillo siniestro cuando le preguntabas al Capitán si estaba malucho!

CARDONA. ¡Por lo que más quieras, cambiemos de conversación, que llega Dulce!

HORMIGUERO. ¡En seguida! ¿No fué usted, Cardona, quien habló de que quería ver el reloj de repetición de mi despacho?

CARDONA. Sí, yo fuí. Como lo oigo desde arriba y me hace tanta gracia...

DON JUAN. Sobre todo de madrugada, ¿no?

Vuelven por la puerta del foro Amalia y Dulcenombre. Ricarda viene también con ellas.

DULCENOMBRE. ¿Vamos, Gorito?

CARDONA. Vamos.

DULCENOMBRE. Don Juan, Amalia va a subir a casa un momento.

AMALIA. Cosas nuestras, don Juan; no tiene usted que poner esos ojos.

DON JUAN. ¿Yo?

RICARDA. ¿Se le ha ofendido a usted en algo, señor de Cardona?

CARDONA. ¡Ni con cien leguas, Ricardita!

RICARDA. Como no me saludaba usted...

CARDONA. Perdóneme: estaba distraído. Ya sabe usted que se la quiere.

RICARDA. ¿Adónde iba usted la otra tarde tan llamativo, de guantes grises y de corbata colorada?

Bomba. Á Cardona le entra una tos congestiva que contagia levemente a don Juan; Hormiguero acude a salvar a su amigo; Dulce se alarma; Amalia no se da clara cuenta de lo que ocurre, y Ricarda, menos.

DULCENOMBRE. ¿Qué es eso, Gorito? ¿Qué tienes?

CARDONA. Nada, mujer, nada; no hagas caso.

DULCENOMBRE. ¿Cómo que nada, y se te van a saltar los ojos? ¡Eso es del tabaco! ¿Lo ves? ¡Por fumar! ¡Por fumar! ¡Maldito sea el tabaco!

HORMIGUERO. Venga usted allá, y le daré unos caramelos.

DULCENOMBRE. ¿No te pasa, hijito?

CARDONA. Sí, hijita mía, sí... Y no tiene la culpa el tabaco. Ha sido risa de una cosa que me dijo Ricarda...

RICARDA. ¡Ah, ya! No creí que había de hacerle

tanto efecto. Lo que yo le he dicho, Dulcenombre...

Nuevas toses de don Juan, Cardona y Hormiguero, que impiden seguir hablando a Ricarda.

HORMIGUERO. ¡Venga usted, Cardona, venga usted por los caramelos!

CARDONA. ¡Sí, hombre, sí!

DON JUAN. Oiga, Ricardita.

RICARDA. Don Juan.

AMALIA. *Adivinando algo.* Ande, Dulce. Ahora subirá su marido.

DULCENOMBRE. Vamos. La tos no es de la risa, no lo crea usted; es de la tagarnina, que no se le cae de la boca. ¡Pero está enviciado!

Dulce y Amalia se van por la puerta de la derecha y Hormiguero y Cardona por la del foro, hacia la izquierda.

RICARDA. ¡Qué toses más ficticias! ¡Qué fuga! ¿Ha pasado algo?

DON JUAN. *Nervioso.* No lo sé.

RICARDA. ¿No lo sabe?

DON JUAN. No; no lo sé.

RICARDA. ¿Ni aun lo columbra?

DON JUAN. Columbro, Ricardita, que ha podido usted comprometer al bueno de Cardona.

RICARDA. Mon Dieu!

DON JUAN. Si llega a oír Dulce lo de la corbata y los guantes...

RICARDA. Mon Dieu! Toujours la même chose! ¡Este fatalismo de las planchas va a enterrarme! Voy a darle a ese caballero mil explicaciones. Pero no me mire usted con rencor, don Juan, que harta desgracia tengo. De aquí no me moveré hasta que me sonría.

DON JUAN. *Sonriéndole en el acto.* Ricardita, por Dios...

RICARDA. *Para sí, con el corazón traspasado.* ¡Qué

pronto me ha dicho que me vaya! *Márchase por la puerta del foro, hacia la izquierda.*

DON JUAN. ¿Hay desdicha como la de esa mujer?... ¿Qué iba yo a hacer ahora? Ah, sí. *Llamando desde la mampara del bufete.* Antoñito.

Vuelve Cardona por donde se fué.

CARDONA. Huyéndole vengo. ¿Qué te ha parecido la imprudencia?

DON JUAN. De su especialidad.

CARDONA. Fortuna que Dulce no paró mientes... Con la monomanía del tabaco...

DON JUAN. Sí; no advirtió lo que era. Pero, amigo mío, la traición debe temerle siempre a la casualidad.

CARDONA. ¡Calla! Sin sangre me quedé. ¡Hay para matar a esa tonta! No, y como Dulce reflexione y sospeche algo, y se me desplome mi nuevo mundo, al primer entierro a que voy es al de Ricardita. ¡Porque la mato yo! Hasta luego.

DON JUAN. Hasta luego.

Se marcha Cardona por la puerta de la derecha. Antoñito sale del bufete.

ANTOÑITO. Mándeme usted, don Juan.

DON JUAN. Óyeme una cosa. *Antoñito sonríe.* ¿Me adivinas?

ANTOÑITO. No es la primera vez. ¿Se ha arrepentido usted ya de su fiereza?

DON JUAN. Cabalmente.

ANTOÑITO. Era inevitable.

DON JUAN. No sé, Antoñito, no sé reñir con las mujeres. Irás luego a decirle a Marta de parte mía que sí, que accedo a la entrevista que me pide; que de ningún modo quiero terminar con ella como enemigo.

ANTOÑITO. Bien. No iré al teatro, sino a su casa.

Don Juan. Sí; mejor a su casa. ¡Estas mujeres que lloran tan bien, Antoñito!...

Antoñito. ¡Ah! ¡Y con lo preciosa que Martita se pone llorando!

Don Juan. ¿Te gusta a ti Martita?

Antoñito. Mucho. Con permiso de usted.

Don Juan. ¡Hombre!

Antoñito. Y me trata con gran afecto.

Don Juan. ¿Te ha dicho el por qué de nuestra ruptura?

Antoñito. Me lo ha dado a entender claramente.

Don Juan. ¿Amalia?

Antoñito. Sí, señor.

Don Juan. Ya ves qué disparate. Son unos celos que me ofenden. Y como yo, la verdad, buscaba ya la puerta de salida, me he apoyado en ellos...

Antoñito. Sí, sí, señor.

Don Juan. Era una aventura demasiado pública. Yo no sé amar... en el escaparate. ¡Estos vanidosos que alardean!... El amor se lastima de la exhibición y del escándalo... Quien publica los besos de una mujer, más tiene de rufián que de amante. Por eso les contesto yo a mis amigos, cuando en bromas o en veras me llaman Don Juan, por mi rara suerte con las faldas—que no niego, pero que no publico,— por eso les contesto que de Don Juan no tengo ni un pelo, ni una uña: ¡el nombre y gracias, como ironía de mi destino! ¡Yo burlador!... ¡Vamos! Antoñito, ¿qué crees tú que me sucede a mí si por mi causa gime una pescadora como la del Don Juan de Tirso, y oigo sus lamentos lejanos?

Antoñito. Pues es como la luz. ¡Que en vez de huir, vuelve usted a ella, le enjuga las lágrimas... y le pone una tienda de anzuelos!

Don Juan. ¡Tunante! ¿De manera que te gusta Martita?

ANTOÑITO. Ya se lo he dicho a usted.

DON JUAN. ¡Las lágrimas! ¡las lágrimas!... A las lágrimas de Martita temo yo. Pero iré, no obstante. Ya el puente está echado. Yo he tenido siempre gran fortuna al acometer, y una providencia para libertarme... Siempre han sido ellas las que me han abierto la jaula. O una ausencia fatal, o un temor a la sorpresa o al escándalo... algo, en fin, que ha hecho la separación amistosa. Quizás esto se deba a que yo, que a tantas he querido, he rechazado instintivamente para mi amor a las perversas, a las enredadoras, a las falsas, a las felinas... Con mujeres buenas ves el fondo del lago... Y todo es más fácil. Pero en este caso de Martita... Te digo que hay momentos en que casi se desea una traición.

Asoma Arístides a la puerta de la derecha.

ARÍSTIDES. Señor.

DON JUAN. ¿Qué?

ARÍSTIDES. Una señora que desea hablar con el señor.

DON JUAN. ¿No te ha dicho su nombre?

ARÍSTIDES. Dice que el señor no ha de recordarlo. Huele muy bien.

DON JUAN. *A Antoñito, confidencialmente.* ¿Elisa estuvo ayer aquí?

ANTOÑITO. Sí, señor: ayer por la mañana. La recibí yo mismo. Quedó en ponerle a usted dos letras.

DON JUAN. Sí. ¿Vió a Amalia?

ANTOÑITO. La vió y me dijo luego: ¿Ésta es la fea? ¡Buen embustero está don Juan! Y yo le expliqué entonces...

DON JUAN. Pero no lo creería.

ANTOÑITO. No lo creyó.

DON JUAN. *A Arístides.* Que pase esa señora.

ARÍSTIDES. Bien. *Vase.*

DON JUAN. ¿Quedamos, Antoñito?...

Antoñito. Sí, señor. *Éntrase en el bufete.*

Don Juan. ¿Y ésta, quién será?

Helia, la esposa infeliz recordada por don Juan en el acto primero, sale por la puerta de la derecha. Es mujer de extraña belleza y de original atavío. Aunque griega, se expresa bien en castellano, pero conserva en su pronunciación un dejo extranjero, que le presta gracia.

Helia. ¿Don Juan de la Vega?

Don Juan. Yo soy, para servirla, señora. Pase usted.

Helia. ¿Me reconoce? *Don Juan la mira.* ¡Oh!... No es posible.

Don Juan. Como va cayendo la tarde, hay tan poca luz...

Helia. *A don Juan, que hace ademán de ir a darla.* No, no encienda usted. He elegido esta hora ex profeso, ¿no?

Don Juan. Perdóneme, pero no me conformo... *Da luz, y exclama entonces, volviendo a mirarla:* ¿Estoy soñando, Helia?

Helia. ¿Me ha reconocido?

Don Juan. ¡Si vi una vez lágrimas en sus ojos!

Helia. ¿Y se acuerda de mi nombre también?

Don Juan. ¿Pues no se acordaba usted del mío?

Helia. De nuevo me hace usted dichosa. ¿Es imprudente que haya venido a verle aquí?

Don Juan. Nunca.

Helia. ¿Es usted libre aún?

Don Juan. Libre: como entonces; como los pájaros que nos despertaban en el Monasterio de Piedra.

Helia. ¡Oh!... Me alegro mucho.

Don Juan. ¡Qué grata visita!... Siéntese usted. ¡Qué inesperada aparición!...

Helia. ¡Al cabo de los inviernos que han pasado!

Don Juan. Por usted sólo han pasado las primaveras.

Helia. ¡Oh!...

Don Juan. ¿Y usted, es ya libre?

Helia. Mucho más que en el Monasterio de Piedra. ¿Se alegra usted?

Don Juan. ¡Cuando fuí a ofrecerle la libertad aquella noche inolvidable!... ¿Murió su marido?

Helia. ¡Ca!

Don Juan. Entonces...

Helia. Para no morir yo, acordé con él separarme del lado suyo. Y me he separado lo más posible, ¿no?

Don Juan. ¿Cómo es eso?

Helia. Porque lo he dejado con nuestros antípodas: en Nueva Zelanda.

Don Juan. Ya. Bien hecho.

Helia. Yo, señor don Juan, me casé con aquel ogro cargado de millones, por salvar a mi casa de la ruina. Me sacrifiqué por mis hermanas y por mis padres.

Don Juan. Lo supe, y el saberlo encendió mi amor.

Helia. ¿Su amor?

Don Juan. ¿Cómo se ha de llamar aquello?

Helia. Su hidalguía. Don Quijote no amó a cuantas damas quiso libertar.

Don Juan. Yo, sí. Amor de un instante, si usted quiere; pero amor.

Helia. Lo celebro. No hay nada en la vida, por grande que sea, que no empiece por un instante.

Don Juan. Siga con su historia, que me interesa mucho.

Helia. Saltaré al epílogo. La imaginación de usted llenará lo que media entre aquella noche y esta tarde. Murieron mis padres, casaron mis hermanas, y entonces yo, con una perfidia que me desconocía, ¿no? le hice a mi marido, para corresponderle, im-

posible la vida a mi lado; y a la postre hubimos de convenir en que nuestra unión era un atentado contra el amor y la naturaleza, y en que sólo la distancia entre los dos nos haría felices. Mientras más leguas, más ventura.

DON JUAN. ¡Brava resolución!

HELIA. Nadie sabe, si no lo pasa, qué especie de tormento es el de vivir encadenada a un ser a quien se aborrece y que repugna. La sola idea de que para llegar siquiera a tolerarlo se ha de violentar, asemejándolo al suyo, el espíritu propio, acongoja y subleva. *Silencio.* Desde que adopté mi determinación y la llevé a cabo, pensé volver a España. Y ya en España, ¿cómo no recordar a mi don Juan? Discúlpeme que en este momento le dé por mío. ¿Cómo no interesarme por su vida? ¿Cómo no buscarlo? Porque ha de saber usted, caballero, que aquel hecho suyo, tan bello y gallardo como insólito, dejó en mi corazón el perfume de su poesía para siempre; y en los momentos más dolorosos y graves de mi vida, a partir de él, evocando la juvenil aventura, ¿no? me prestaba a mí misma el mejor consuelo. «No todos los hombres son como éste que lentamente me asesina—pensaba:— hay en el mundo algún don Juan que es capaz de una bella locura.»

DON JUAN. Pues seguramente a esos recuerdos de usted respondían los míos, porque yo también la he recordado; y en estos años, muchas veces me he preguntado, no sin melancolía: «¿Qué habrá sido de aquella niña griega que desapareció de mis ojos como un relámpago?» Porque usted es griega, ¿verdad?

HELIA. Griega; sí, señor. De ascendencia española, pero griega. Nací en Creta, como el gran pintor Theotocópuli.

DON JUAN. ¿Sí? No sabía...

HELIA. Y soy además su más fervorosa apasio-

nada. ¡El pintor de los caballeros españoles, encendidos por el ideal y por la fe!... ¡El pintor de las raras visiones!... ¡El pintor del espíritu atormentado!... Creta le dió la vida y Toledo le dió los pinceles... ¡Oh!... Ahora voy a Ríotinto, donde una de mis hermanas vive con su esposo, que es ingeniero inglés, y dentro de quince días iré a Toledo. ¡A Toledo!...

Don Juan. ¿Conoce la ciudad?

Helia. Nunca he estado sino con la ilusión... Me ha cautivado sin haberla visto... Pero la adivino, la presiento... Creo que entraré por sus torcidas calles como si hubiese nacido allí.

Don Juan. ¿Y será enojoso para la curiosa soñadora encontrar en alguna pintoresca encrucijada, en algún pasadizo oscuro, al pie de algún retablo, a un caballero que la acompañe y con quien conversar y soñar?

Helia. ¡Oh!

Don Juan. ¿A un caballero que la guíe a la casa misma donde pudo vivir su pintor; a la calle donde moraba la monja que inspiró las «Tres fechas» al poeta sevillano; a una ermita que hay en la Vega con un Cristo que fué testigo de un falso juramento de amor; al torreón ruinoso, orilla del Tajo, evocador de la hermosa mujer por cuyos ojos perdió un rey a su patria...?

Helia. ¡Oh! Don Juan... ¿Qué quiere que yo responda a tales preguntas? Tiemblo toda con una emoción que no más otra vez he sentido. En mi alma, se parece esta tarde de Madrid a aquella noche del Monasterio... Hasta creo que me da en el rostro la misma luna que entraba en la celda... Mi corazón sonríe... Don Juan, dentro de veinte días, estaré en Toledo.

Don Juan. Helia, yo también.

Helia. Gracias.

Amalia acierta a pasar en este momento de la puerta de la derecha a la del foro. Se sobrecoge al ver a Helia, saluda tímidamente y se va. Don Juan y Helia se levantan.

AMALIA. ¡Ah! Dispensen...

Helia corresponde al saludo con una inclinación de cabeza. Cuando Amalia desaparece le pregunta a don Juan:

HELIA. ¿Hermana suya, acaso?

DON JUAN. Sí; hermana.

HELIA. Se le parece mucho, ¿no?

DON JUAN. No...

HELIA. Dejo a usted.

DON JUAN. No me atrevo a oponerme.

HELIA. Me voy dichosa. Ha sido premiado mi afán de venir aquí. ¿Hasta Toledo?

DON JUAN. Hasta Toledo.

Le besa la mano y se marchan por la puerta de la derecha. Don Juan torna poco después, abstraído.

Amalia, entretanto, vuelve a salir por la del foro, con curiosidad. Siente, más que ve, irse a la pareja, y aguarda a que don Juan llegue. En cuanto asoma se apresura a hablarle, sacándolo de su abstracción.

AMALIA. Lo espero a usted para pedirle mil disculpas.

DON JUAN. *Cambiando de expresión al verla.* ¿A mí? ¿Usted?

AMALIA. Sí, señor. ¿Qué menos? ¡Presentarme aquí de improviso!... He podido sorprender lo que no debiera...

DON JUAN. ¡Por Dios!

AMALIA. No me diga que no, don Juan. ¡Una conversación de usted con una señora tan guapa!... Aunque fuese asunto de abogacía.

DON JUAN. Lo era.

AMALIA. Ya me lo figuraba. ¿Quizás el recadito de Calonge?

DON JUAN. ¿De Calonge?... ¡Ah, no! Cosa muy distinta.

AMALIA. Pero siempre de la carrera.

DON JUAN. Sí.

AMALIA. A usted le entusiasma su profesión.

DON JUAN. ¿Por qué lo dice usted?

AMALIA. Por lo que le brillan los ojos en cuanto asoma un caso nuevo.

DON JUAN. No, pues el de esta señora no es nuevo.

AMALIA. Pues le brillan a usted los ojos como si lo fuera.

DON JUAN. Porque es un asunto que me apasiona.

AMALIA. ¡Ya!

DON JUAN. Un divorcio.

AMALIA. ¿Otro?

DON JUAN. ¿Cómo otro?

AMALIA. Antoñito me ha dicho antes que está estudiando uno, y que no lo sabe dejar. ¿Es usted el abogado de los divorcios?

DON JUAN. De las mujeres.

AMALIA. Eso me gusta.

DON JUAN. ¡Pobres mujeres!

AMALIA. ¿Pleitean por pobres?

DON JUAN. Las mujeres bonitas no son nunca pobres.

AMALIA. ¿Y a las feas, no las defiende usted?

DON JUAN. Algún que otro caso he tenido.

AMALIA. ¿Pero habrá alguna diferencia en las minutas?

DON JUAN. La hay. Debo, sin embargo, advertirle a usted que, en general, las feas no pleitean sobre lances de amor, que es mi cuerda.

AMALIA. ¿El amor?

Don Juan. Y sus lances. ¡Allá otros letrados con la defensa de los que originen las demás pasiones! Yo me ciño a los del amor.

Amalia. Ya, ya se caldea.

Don Juan. ¿No he de caldearme? ¿Dónde hay satisfacción como romper cien lanzas por cien mujeres sin ventura?

Amalia. ¡Viva, viva don Juan!

Don Juan. La que mató a su amante por celos de otra; la que fué torpemente vendida; la que huyó con su novio temblando; la que se hastió de la grosería de su verdugo, que no de su esposo; la que rodó hasta el fango por hambre; la que se escapó del convento... ¡Qué sé yo! ¡Las defiendo a todas!

Amalia. Pero ¿todas esas mujeres tienen defensa?

Don Juan. ¿No la tienen los hombres, Amalia?

Amalia. Algunos, no.

Don Juan. Ni algunas tampoco; pero yo me recreo en encontrársela.

Amalia. ¡Claro! Y así tiene usted siempre la casa llena.

Don Juan. No todas las que ve usted aquí me traen pleitos.

Amalia. Pues usted nunca dice otra cosa.

Don Juan. Porque cerca le andan. Algunas también vienen a visitarme sencillamente, ya por gratitud, ya por otro linaje de afecto... Y muchas, las más, vienen a pedir el consejo amistoso, la orientación en algún asunto particular, la opinión en el caso de conciencia...

Amalia. ¡Jesús! ¡En el caso de conciencia! ¿También confesor?

Don Juan. Pero ¿es que los abogados no somos confesores?

Amalia. Mire usted: me alegro de saberlo.

Don Juan. ¿Por qué?

Amalia. Porque a lo mejor... algún día... si me nace un pecadillo en el corazón, o si lo cometo... teniendo el confesor tan a la mano...

Don Juan. ¡Oh, si a usted le nace un pecadillo en el corazón y viene a confesármelo a mí!...

Amalia. ¿Qué pasa?

Don Juan. Que estoy seguro de saber comprenderlo.

Amalia. ¿Y si no lo comprende?

Don Juan. Usted me lo aclara.

Amalia. ¿Y me pondrá usted mucha penitencia?

Don Juan. Mirarme, nada más.

Amalia. *Después de mirarlo con refinada coquetería.* Es poca.

Don Juan. Según sea el pecado.

Amalia. ¡Figúresele!... ¡El pecado de una muchacha tan inocentona como yo!... ¿Qué podrá ser? Fijarse en algún hombre que le agrade... mirarlo acaso dándoselo a entender... apagar la luz de la alcoba en la noche pensando: «¡Ay, si me quisiera!...» despertar con el mismo anhelo... No digo nada de soñar con él, porque eso no es pecado... porque como no depende de la voluntad... ¡Conque ya ve usted qué cosazas!... Alrededor de eso tiene que ser todo.

Don Juan. Al nacer el pecado, sí; pero ¿y luego?

Amalia. Luego, si se agravara, sería culpa del cómplice... y ya, aunque la penitencia fuese mayor, la compartiríamos. ¿Qué me mira usted en la cabeza?

Don Juan. No es en la cabeza: es en la frente.

Amalia. ¿En la frente? Pues ¿qué tengo en la frente?

Don Juan. Eso quisiera yo leer.

Amalia. Oiga usted, lo de la frente dicen que asoma por los ojos; conque baje usted la vista un poquito a ver si se entera.

Don Juan. Tendré que acercarme. Yo no sé

leer en los ojos si no es de cerca; muy de cerca.

AMALIA. ¿Es usted miope?

DON JUAN. Para cierta lectura, sí.

AMALIA. Pues acérquese usted lo que necesite. O pídale a Ricardita las gafas que usa para el piano. Aunque mejor es que se acerque. Vaya, me acercaré yo para quitarle la vergüenza. ¡Pobre colegial; está asustadito!... Vamos a ver, don Juan: ¿qué dicen mis ojos?

DON JUAN. ¿Y los míos, qué le dicen a usted?

AMALIA. Yo también soy miope. Ni es de eso de lo que se trata. Ande, fíjese: ¿qué ve usted dentro de mis ojos?

DON JUAN. ¡Llamas!

AMALIA. ¿Llamas? ¡Qué miedo!

DON JUAN. ¿A qué?

AMALIA. A mí misma. ¿Y si cierro los ojos, ya no ve las llamas? *Los cierra.*

DON JUAN. ¡Pero veo el resplandor y siento el fuego!

AMALIA. ¡Qué miedo otra vez! ¿Iré yo a arder por dentro, don Juan? ¿Me abrasará este fuego?

DON JUAN. *Atrayéndosela con arrebato amoroso.* A ti, no sé. ¡A mí, sí!

AMALIA. *Separándose de él bruscamente, indignada y altiva.* ¡Don Juan!

DON JUAN. *Desconcertado.* ¿Eh?

AMALIA. ¡Señor don Juan! ¿Qué es esto?

DON JUAN. ¿Cómo?

AMALIA. ¿Qué le autoriza a usted a esto? ¿Una broma inocente lo lleva a ofenderme de este modo? ¡Y en su casa! ¡En su propia casa! ¡Esto sí que no tiene defensa!

DON JUAN. Amalia... Amalita...

AMALIA. ¿Es esta su hidalguía proverbial? ¿Es esto lo que yo merezco? ¿Es así como corresponde a la confianza de un leal amigo?

DON JUAN. Amalita, perdóneme usted... Óigame un instante...

Desde la puerta del foro pregunta Ricarda, que inopinadamente surge:

RICARDA. ¿Soy indiscreta?

DON JUAN. *Destemplado.* ¡Sí!

RICARDA. ¡Jesús, qué tono! *Vase hacia la izquierda.*

AMALIA. No, don Juan, no; que entre: que venga. Quien se va, soy yo. Pero no de aquí, sino de esta casa.

DON JUAN. Ah, no. Eso no será. Ni de esta casa ni de mi lado se irá usted sin oír mis disculpas. Yo no he sido dueño de mí, Amalia. Es usted demasiado bella para que no tenga conciencia del influjo que ejerce sobre los hombres. La atracción irresistible de sus ojos, la sugestión de su hermosura, la atmósfera en que vivo, el travieso hechizo de sus palabras, consiguieron ofuscarme un momento, al extremo de que llegué a olvidar no quién es usted, sino quien yo soy. Perdóneme usted. Le ruego a usted que me perdone. Perdonará usted a un caballero.

AMALIA. *Tras un infernal juego de ojos.* Está usted perdonado.

DON JUAN. ¿De labios afuera solamente?

AMALIA. De corazón adentro. Lo otro no sería perdonarle.

DON JUAN. Gracias.

AMALIA. Yo no hablo por hablar, como usted, que se ha olvidado de pedirme la flor aquella...

DON JUAN. Perdón también por eso. ¿La mano de amigos?

AMALIA. La mano de amigos. Pero ¿tiembla usted?

DON JUAN. Usted también.

AMALIA. No, señor, no; es el temblor de usted que se me pasa. Vaya por el temblor: bese usted, que no tiene veneno.

DON JUAN. Gracias. *Le besa respetuosamente la mano.*

AMALIA. No hay de qué. Y, con permiso de usted ahora, le voy a decir a Ricardita cuatro embustes, porque ¡a saber lo que ella se estará imaginando!... *Se marcha por la puerta del foro, hacia la derecha, fingiendo que no quiere mirar a don Juan.*

DON JUAN. «¡Buen lance, viven los cielos!...»

Por la mampara del despacho surge nuevamente Ricarda.

RICARDA. ¿Y ahora, soy indiscreta?

DON JUAN. *Sin poder dominarse.* ¡Ahora más que nunca!

RICARDA. Pero ¿no está usted solo?

DON JUAN. ¡Qué he de estarlo!

RICARDA. *Un poco asustada.* ¿Eh?

DON JUAN. ¡Déjeme usted; se lo suplico!

RICARDA. Mil perdones... ¡Jamás lo he visto así! *Vase.*

DON JUAN. ¡Jamás lo estuve! Y acaso ella entretanto se ría... *Dejándose caer en una butaca, abatido.* ¡Mísero don Juan de la Vega! ¡Cuántas veces doña Inés es don Juan!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración de los anteriores. Es por la mañana, en el mes de diciembre.

Julia sale por la puerta del foro, buscando un pañolito de Amalia.

Julia. Pues no está aquí tampoco. ¿A que lo ha perdido en la calle? Es tan distraída... *Hormiguero, que sale por la misma puerta, se detiene observándola.* Nada, no parece.

Hormiguero. Si me buscas a mí, monada, aquí estoy.

Julia. No, señor; usted no se pierde tan fácil.

Hormiguero. ¿Qué buscan entonces esos ojos?

Julia. Un pañuelo de la señorita.

Hormiguero. ¿Cómo es esa alhaja?

Julia. Blanquito, pequeñín, con una marquita celeste...

Hormiguero. ¿Representando acaso un corazón atravesado por una flecha?

Julia. ¡Qué va! La marca es una letra sola.

Hormiguero. *Saca de su bolsillo el pañolito, y se lo muestra.* ¿Será éste?

Julia. ¡Este mismo!

Hormiguero. Ahí lo tienes, encanto.

Julia. ¡Pero qué buen humor el de usted!

Hormiguero. Lo hallé en la salita y pensaba embromarla a ella.

«Una cosa me he encontrado,
siete veces lo diré...»

¡Ay, Julita! ¡Así todo lo que uno pierde lo encontrara tan pronto!

JULIA. ¿Usted lo dice por el pelo?

HORMIGUERO. ¡Lo digo por el sueño, que lo he perdido desde que estás en esta casa! *Se le acerca meloso.*

Oportunamente llega por la puerta del foro doña Nona. Hormiguero se separa de Julita como por resorte.

JULIA. ¡Siempre ha de andar de broma este buen señor! *Se retira por la puerta de la derecha, satisfecha, pero turbada.*

DOÑA NONA. ¡Don Pascualito!...

HORMIGUERO. Señora mía.

DOÑA NONA. ¡Si a usted también va a atacarle el microbio... llevaré un pito por la casa!

HORMIGUERO. ¡Je, je! ¡Qué ocurrencias tiene doña Nona! ¡Un pito!... Muy gracioso. Por mí no será menester; no, señora. ¡Un pito, dice!... ¡Je, je!

DOÑA NONA. Lo que le juro a usted es que va a parecerme sueño la vuelta a la paz de mi entresuelito... Gracias a Dios, con la llegada anoche del pájaro de América, la veo muy cercana. Se llevará a su hija, y yo nada tendré ya que hacer aquí.

HORMIGUERO. Comprendo, sí; comprendo que para usted ha sido una aventura...

DOÑA NONA. ¿Y qué juicio le ha merecido a usted ese hombre?

HORMIGUERO. ¿Valentín Graziela?

DOÑA NONA. ¿No le parece un tipo extraño?... Pájaro de cuenta se me figura a mí.

HORMIGUERO. *Bajando la voz.* Y lo es. Yo sé muchas cosas, doña Nona; ¡muchas cosas! Pero...

DOÑA NONA. ¿Y cómo cree usted que le sentará...?

HORMIGUERO. ¿Qué?

DOÑA NONA. Esto de que mi sobrino y la niña... Porque aun cuando ninguno de los dos lo declara... ¡no hay más que verlos!

HORMIGUERO. Permítame usted que me reserve mi opinión en asunto tan delicado...

DOÑA NONA. ¡Bueno! Resérvesela usted. ¿Qué más da? A mi don Juanito le ha pasado lo que a tantos tenorios de caramelo o de alfeñique: son conquistadores de palomas duendas, de las que se vienen a la mano: una pastorcita, una monja... Pero en cuanto les sale al encuentro una hija de Eva, con todas las artes para defenderse y atacar... Por mi parte, le confieso a usted que ella vale la pena. Es mujer de fondo... ¡Y tanto! Más tiene debajo de tierra que encima. Sabe latín y griego. Pero vale la pena.

HORMIGUERO. La suerte se ha enamorado de don Juan, como un día me dijo Ricarda.

DOÑA NONA. Sí, señor, sí; la suerte lo protege y lo sigue. No es poca suerte pasarse la vida jugando con fuego, y ni siquiera chamuscarse. Ha estado expuesto a tropezar a alguna que hubiera dado buena cuenta de él.

HORMIGUERO. ¡Oh! ¡Ya lo creo! Sin embargo, ¡él tiene tanta habilidad!...

DOÑA NONA. Déjese usted de habilidades. Suerte, suerte. ¡Hay cada loba con las lanitas blancas!...

HORMIGUERO. ¿Que si hay? Y al propio don Juan le ha alcanzado una de esa ralea. ¡Yo sé muchas cosas! Mire usted: vive en este Madrid una prójima, con la que don Juan tuvo que ver algo, que es el espíritu de la venganza con faldas. ¡Mala mujer! Se zafó don Juan de ella, y no se lo perdona. Enreda, calumnia, compromete... ¡Mala mujer! Todos los años le ha de dar un disgusto. Y se llama Rocío. Ya ve usted qué

contradicción. ¡Cuántos golpes suyos le he parado yo al jefe! ¡Uh! Precisamente en estos días... Pero, tente, lengua. Yo sé muchas cosas... que no debo decir.

Doña Nona. Me hago cargo de ello.

Hormiguero. Mi mujer, que tiene el defecto de ser curiosísima, me pincha lo increíble. Pues ni a ella misma le confío...

Doña Nona. Bien hecho, sí; bien hecho.

Hormiguero. Y a propósito: me dijo ayer que una de estas tardes vendrá a tener el gusto de saludarla a usted.

Doña Nona. Muy complacida yo. Me es muy simpática su mujer de usted, don Pascualito. ¡Y qué guapa! ¡Qué lunares aquellos!

Hormiguero. Gracias en su nombre. Hasta después. Voy a pedir por teléfono una interesantísima referencia. Siempre en el yunque. ¡La que a mí se me escape!... *Éntrase en el despacho.*

Doña Nona. Adiós. *Maliciosamente.* ¿Y yo que creo que tú, que lo sabes todo, hay una cosa que no sabes? El Señor me perdone... ¡pero te quiere tanto don Juanito!... El Señor me perdone. *A Amalia, que sale de velito, por la puerta del foro.* Hola, garza enjaulada.

Amalia. Buenos días, doña Nona.

Doña Nona. ¿Adónde se va?

Amalia. A la iglesia.

Doña Nona. A quitar la devoción a los fieles.

Amalia. ¿Yo?

Doña Nona. ¡Vas tan bonita!...

Amalia. A ver si saco novio allí.

Doña Nona. Tú no necesitas moverte de casa para sacar novio, hipocritona.

Amalia. *Después de sonreírle.* Aquí viene papá.

Aparece por la puerta del foro Valentín Graziela. Viene de la parte de la izquierda. Es hombre de cin-

cuenta años, fuerte y sanguíneo. Tiene el cabello negro y el bigote blanco y guiña nerviosamente un ojo. Viste con peculiar elegancia y limpieza. Trae un gabán de entretiempo al brazo, y estrujado en la mano un sombrero flexible.

VALENTÍN. ¡Ah, señora! Muy buenos días. *Le besa una mano.* ¿Se ha descansado bien?

DOÑA NONA. Bien; ¿y usted, caballero?

VALENTÍN. Mejor que nunca. Se me juntaba todo para lograrlo. Los besos de mi hija, la casa de mi gran amigo... Sobre que yo rijo mi sueño, doña Petra.

DOÑA NONA. Nona: Ramona, si usted quiere.

VALENTÍN. Disimule usted; soy muy distraído. Especialmente en las cosas accidentales no me fijo nunca; y el nombre en las personas es accidental. ¿Qué más da Juan que Antonio? Decía, señora, que yo rijo mi sueño: duermo exactamente las horas que de antemano me propongo dormir.

DOÑA NONA. Pues no deja de ser una ganga.

VALENTÍN. ¡Victorias de la voluntad, cuando hay que combatir con todo en la vida!

AMALIA. ¿Te vas a la calle?

VALENTÍN. Sí, hija. ¿Quieres algo? Siento ansia de moverme... y siento la curiosidad de mi viejo Madrid. A ver cómo me encuentra él... y a ver cómo lo encuentro yo. Voy también a darle un abrazo a otro amigo... ¡Cuántas cosas desaparecidas en plazo tan corto! ¡cuántas cosas cambiadas!... ¡Ay ay ay! ¡Cuántas cosas!... *Hace que se conmueve y que se enjuga con los dedos un par de lágrimas.* Las ausencias son para el corazón como adelantos de la muerte... ¿Qué? ¿Ha dado mucho que hacer esta feúcha?

DOÑA NONA. Lo que es a mí, no.

AMALIA. Ni a nadie.

VALENTÍN. ¿Basta que ella lo diga?

DOÑA NONA. Sí basta; sí, señor: no se la siente. Es muy pacífica y muy suave. Da gusto. ¿Cómo ha podido usted vivir estos años separado de ella? ¿Cómo no se la llevó a la Argentina?

VALENTÍN. ¡Ah, señora! ¡Porque mi viaje era de náufrago! ¿A qué iba yo a aquel mundo desconocido? A luchar con fieras y con hombres; acaso a trajinar en los muelles, a pudrirme en las minas, a vestir harapos, a mal comer... Era muy oscuro el porvenir de mi viaje, para aventurarme a llevar sobre los hombros a una princesita de cristal... Por eso la dejé en España.

AMALIA. *Tristemente.* Sí, por eso.

Entre hija y padre se cruza una mirada significativa.

DOÑA NONA. ¿Y después, cuando halló usted su norte? ¿cuando se acomodó?

VALENTÍN. ¡Después! ¿Usted sabe? Me escribía mi cuñada incesantemente que no se la quitara; que era su luz; que no podía vivir sin ella... *La acaricia.* ¡Qué hacer! ¡Dejársela! Al fin y al cabo era como su madre... Y que yo, doña Juana, no sé negar cuando se me toca al sentimiento. Vea usted qué condición para un hombre de lucha: en lugar de coraza llevo corazón.

DOÑA NONA. ¿Ha sufrido usted mucho allá?

VALENTÍN. ¡Infinitamente, señora mía! La lucha moderna es agotadora, terrible. Nuestros abuelos pelearon con los indios, salvajes y fanáticos; los hombres del día tenemos que luchar con los siete pecados capitales civilizados. Hay diferencia en el combate. Pero, en fin, ya llegué a puerto de bonanza: ya estoy al lado de mi hija. Merezco este premio. Ahora me voy a desquitar de la ausencia de ella. ¡Estoy sediento de ser padre! Mi corazón va a gustar, concentrado, todo el cariño suyo que durante la forzosa separación no ha sentido sino de lejos. Ahora será mía:

mía nada más. Durante uno o dos años será de mi amor, con un egoísmo de sediento. ¿Qué dices tú, muñeca?

DOÑA NONA. Ella no suele decir nada.

AMALIA. Hasta que me toca decirlo. Cuando hablan los demás, me callo. Y como papá no deja meter baza...

DOÑA NONA. Mire usted si escurre la contestación.

VALENTÍN. ¿Cómo, cómo?

DOÑA NONA. ¿Va usted a quedarse en España por ahora?

VALENTÍN. Una temporadilla. Quince días... un mes... ¿no, chicuela? La llevaré a Sevilla, a Granada... ¡Un viaje de novios!

AMALIA. Bueno, sí... Un mes será bastante.

VALENTÍN. Eso creo.

AMALIA. Digo bastante, para convencerte yo de mi gusto.

VALENTÍN. ¿Y cuál es tu gusto, tirana?

AMALIA. Que no vuelvas a América.

VALENTÍN. ¡Brava salida! ¿Tú estás loca, criatura?

AMALIA. ¿Por qué? ¿Porque quiero que te quedes aquí?

VALENTÍN. Pero, ¿no comprendes, tontuela, que allí he echado mis nuevas raíces? ¿que soy un árbol que cambió de tierruca? ¿que lo que amasé con mi sudor allí está?

AMALIA. Pero, ¿tú no comprendes que yo no quiero que nos separemos otra vez?

VALENTÍN. ¿Y quién habla de separarnos, boba? Tú, ahora, vendrás conmigo.

AMALIA. Ah, no.

VALENTÍN. ¿Cómo que no? ¿Qué dices?

AMALIA. Que no salgo de España.

VALENTÍN. ¡Muchacha! ¿Por qué?

Amalia. Por mil razones... A saber si habré echado aquí mis raíces, como tú allá las tuyas...

Valentín. *Disimulando su contrariedad.* ¡Donosa ocurrencia! ¡Las raíces de las ramas son siempre las mismas del tronco!

Amalia. Mientras la rama no se desgaje de él...

Valentín. ¿Qué quiere significar todo esto?

Amalia. Que ya me tocó la hora de hablar. ¿Lo ve usted, doña Nona?

Doña Nona. Has tardado; pero veo que te explicas.

Amalia. Estas cositas graves hay que decirlas muy a tiempo, y aprovechando estos instantes de expansión y alegría.

Valentín. Pero, bueno; pero, bueno... ¿Ese deseo de quedarte en España es caprichoso, o tal vez obedece?... ¿Eh, doña Nona?... No hace falta ser lince para... ¿Eh?

Doña Nona. Yo estoy como usted; lo que presuma, y nada más; nada sé de cierto.

Valentín. ¡Ah! Pues si hay en danza rondadores o enamorados, por ahora que perdonen por Dios. Ya me has oído antes, princesita: ¡los latidos de tu corazón son todos para mí en algún tiempo! Fortuna, que lo que sea no pasará de ser una chiquillada... ¿Eh, señora mía? Yo me enteraré, yo me enteraré... No es éste el momento oportuno... Para ella ha podido serlo; pero para mí, no... Vaya, vaya, voy a tomar el aire... A sus pies, doña Petra. Digo, doña Nona... Es accidental.

Doña Nona. Adiós, Graziela.

Valentín. Hasta luego, chiquilla.

Amalia. Adiós, papá.

Valentín. ¡Ay ay ay! ¡Frentecitas de mujer!... ¡Abismos infantiles!... *Vase por la puerta de la derecha.*

DOÑA NONA. No creo que le haya hecho gracia tu salida.

AMALIA. Ya se acostumbrará a la idea... ¡Un señor tan avezado a luchas tan grandes!... ¿Qué vale para él que yo me vaya o que me quede?

DOÑA NONA. Niña, no sé si tienes razón o no; pero me da tristeza oírte.

AMALIA. Más le daría a usted si supiera por qué no me fuí la otra vez, cuando murió mi madre.

DOÑA NONA. Él ha dicho...

AMALIA. No fué por eso. Me quedé en España... porque la buena memoria de mi madre lo exigía de mí.

DOÑA NONA. *Comprendiendo.* Ya.

AMALIA. Mi padre se llevó consigo a una mujer... a quien yo he jurado no volver a ver nunca.

DOÑA NONA. Basta. Son cosas entre ustedes... ¡Todo ha de tener cara y cruz! Anda, anda a la iglesia. *Yéndose ella por la puerta del foro.* ¡Ay, mi entresuelito... mi entresuelito!...

Pausa. Amalia, ensimismada un punto, sacude al cabo su cabeza, se arregla el velito, y se encamina a la puerta de la derecha, cuando llega por ella don Juan.

DON JUAN. ¡Amalia!

AMALIA. ¡Caballero!

DON JUAN. Tarde amanece hoy para mí.

AMALIA. ¿Y ésa, es coche o calesa? —como decía mi tía.— Pues hoy ha salido usted bien temprano.

DON JUAN. Sí; un negocillo... ¿Usted sale ahora?

AMALIA. Sí, señor; a la iglesia.

DON JUAN. ¿Sola?

AMALIA. Son dos pasos... Ni ¿quién va a comerme? Como nos ha dejado Ricardita...

DON JUAN. Por fortuna, Amalia. Para ella... y para nosotros. ¡Qué sino de mujer! ¡La musa de la

inconveniencia! ¿Le dije a usted que se me despidió con unos versos?

AMALIA. No...

DON JUAN. Pues son notables. Poniéndome verde, además, aunque en lenguaje muy florido. Que pierdo de cerca... que la montaña, aterciopelada de lejos, tiene zarzas que hieren al llegar junto a ella... ¡La mar y los peces!

AMALIA. Sus frases. Tiene usted que enseñarme esos versos.

DON JUAN. ¿Para qué? Son tan ridículos, que dan lástima.

AMALIA. Bien. Hasta ahora. Voy a agradecerle a mi santín lo bien que ha llegado papá.

DON JUAN. ¿Y cuál es el santín de usted?

AMALIA. Un santo Tomás chiquitín que hay en una capillita oscura que siempre está sola. Nadie le hace caso al pobrete. Ayer le mandé flores. Y hoy, después de las gracias, a última hora le voy a pedir un favorcito. A ver si se ha fijado en mí.

DON JUAN. Seguro. ¿También relativo a su papá el favorcito?

AMALIA. No, señor; relativo a usted.

DON JUAN. ¿A mí?

AMALIA. A usted. ¿Para qué se ha metido en la boca del lobo? *A una sonrisa de don Juan.* ¿Qué sonrisita es ésa? ¿Qué mira usted tan descarado?

DON JUAN. La boca... del lobo.

AMALIA. No lo entiendo. Pues le voy a pedir a mi santín que deje usted de hacer una cosa.

DON JUAN. Pues excuse usted el intermediario, Amalita. Pídame usted a mí lo que sea.

AMALIA. Ya pensaba pedírselo; pero después de contar con el santo... para que influyera en usted.

DON JUAN. ¿Más que usted?

AMALIA. ¡Pobrecita yo!...

Don Juan. Vaya, dígame lo que quiera. Concedido está desde luego.

Amalia. No ande usted tan aprisa.

Don Juan. Concedido está. En mí mando yo más que el santín y más que nadie.

Amalia. ¡Qué soberbio! Y con mi santín no se meta.

Don Juan. Bueno, Amalia, ¿qué es lo que quiere usted?

Amalia. Si después de todo es una tontería. Sino que yo soy muy novelera, y por charlar... Ya ve usted qué cosa más grande se me ha ocurrido pedirle a usted: ¡que no vaya mañana a Toledo!

Don Juan. *Con naturalidad, conseguida tras leve desconcierto que apenas asoma a sus ojos, pero que ella ve.* ¡Que no vaya mañana a Toledo!... ¡Bueno; pues no voy! Pero, ¿por qué?

Amalia. El por qué ya se lo diré a usted pasado mañana.

Don Juan. Conformes. ¡El viaje a Toledo!... Creí que sería otra cosa.

Amalia. Ya le dije a usted que no valía la pena...

Don Juan. Imagine usted; uno de tantos asuntos profesionales...

Amalia. Sí; claro... Pero me parece a mí que le contraría...

Don Juan. Aunque así fuera.

Amalia. No, no; eso no. Si le contraría a usted lo más mínimo...

Don Juan. ¡Ojalá me contrariase, para que el complacerla a usted fuera meritorio!...

Amalia. ¡También yo tengo unas exigencias!... No me haga usted caso, don Juan; vaya usted a Toledo sin acordarse más de mi patochada.

Don Juan. Usted dispense, Amalia; a Toledo no voy. Anúnciele usted al santito de la capilla oscura

que no ha sido menester su intervención ni su influencia.

En este momento sale del bufete Antoñito, a dejar encima de la mesa unos papeles.

Antoñito. Buenos días, Amalia.

Amalia. Buenos días. Llega como enviado, ¿no, don Juan?

Don Juan. ¿Por qué?

Amalia. Porque se me ocurre, ya que usted se obstina en desistir de ese viaje, que como se trata de un asunto profesional, puede usted enviar a Antoñito, que es su ojito derecho.

Don Juan. Le diré a usted...

Antoñito. ¿Cómo?

Amalia. Que don Juan necesitaba ir a Toledo a no sé qué cosa del bufete, y ha resuelto no ir, y yo me he permitido indicarlo a usted para que vaya en su lugar...

Antoñito. Mil gracias.

Amalia. Ya ve que me intereso por usted.

Don Juan. Sí, pero el caso es, Amalia, que Antoñito no conoce el asunto.

Antoñito. *Con viveza.* Sí, sí, señor; sí lo conozco.

Don Juan. ¿Que lo conoces?

Antoñito. Sí, señor. Y me gusta mucho, por cierto.

Don Juan. ¡Ah!

Amalia. ¿Qué extraña usted, con lo aplicado que es el chico?

Don Juan. Entonces, bien, sí... puede ir él... puede ir él...

Amalia. Y todos contentos. Ea, hasta ahora. Le voy a decir a mi santín que esta vez no tengo que molestarlo.

Don Juan. Eso es.

Antoñito. Vaya usted con Dios, y repito las gracias.

Amalia. No hay de qué, Antoñito. ¡Las gracias!... Yo a don Juan. Hasta ahora. *Vase por la puerta de la derecha.*

Pausa. Don Juan y Antoñito se miran de repente.

Don Juan. ¡Bien te has aprovechado de la ocasión, granuja!

Antoñito. Don Juan, me pareció que era lo más discreto... Claro que pensando para mis adentros que jamás representaría yo ese papel...

Don Juan. ¡Esta endiablada de Amalita!... ¿Tú sabes quién me espera en Toledo?

Antoñito. Sí, señor; me habló usted del caso al día siguiente de estar ella aquí... ¡Deliciosa mujer!

Don Juan. ¡Y mi encuentro con ella en Toledo de lo más sabroso!... ¡Dulce y sabroso!... Pero Dios no lo quiere. ¡Rayo de luna es para mí!... En fin, veremos todavía... Tal vez un aplazamiento ingenioso... Quizá más adelante... Por de pronto, mañana tengo que enviarle una carta sentimental...

Antoñito. De eso sí podría encargarme yo.

Don Juan. ¿De qué?

Antoñito. De llevársela. *Don Juan lo mira.* ¿No se fía usted de mí?

Don Juan. En un caso análogo no me fiaría de mí mismo.

Antoñito. ¡Ja, ja, ja!

Don Juan. ¡Ay, Toledo, Toledo!

Llega Cardona por la puerta de la derecha, a tiempo de oír esta última frase.

Cardona. ¿Qué? ¿Vas por fin mañana?

Don Juan. No lo sé todavía.

Cardona. Pues no dejes de ver el «Entierro del conde de Orgaz».

DON JUAN. ¡Pero, hombre! ¿Que no piensas más que en entierros? ¡Es odioso el tema!

ANTOÑITO. Verdad que sí. Ya me han contado sus galanteos fúnebres...

CARDONA. ¡Ca! ¡Eso era antes!

DON JUAN. ¿Qué?

CARDONA. ¡Si este planeta es un *Tío Vivo!* ¿No te dije que a mí me pesaba aquello en la conciencia?

DON JUAN. Sí.

CARDONA. ¡Pues mira de qué modo más agradable se me ha resuelto!

DON JUAN. A ver.

CARDONA. No lo creo todavía. Parece un cuento inverosímil. Días pasados recibimos mi mujer y yo una invitación al bautizo de la primera chica de unos sobrinos nuestros. Y me dice Dulce de pronto: «Mira, Gorito: discúlpame tú con los muchachos; yo al bautizo no voy. Tengo mala sombra en los bautizos. Respeta esta superstición. Ve tú solo, si quieres.» «¡Ve tú solo, si quieres!» ¡Esto me dijo mi mujer!

DON JUAN. ¡Ah!

CARDONA. ¿Has comprendido? ¿Comprende usted, pollo? ¡Mi mujer no va a los bautizos! ¡Tiene mala sombra en los bautizos!

DON JUAN. ¡Claro! Y tú has trocado...

CARDONA. ¡Los entierros por los bautizos!

ANTOÑITO. ¡Diferencia va!

CARDONA. ¡Otro color, otra persona, otro mundo!... La conciencia tranquila, los muertos en paz... «Creced y multiplicaos»... Otra cosa, vaya, otra cosa. *A Antoñito.* La que me ha partido es la mujer de Manolo Reyes.

ANTOÑITO. ¿Pues?

CARDONA. ¡Ha tenido un par de gemelos!

ANTOÑITO. ¿Y no lo ha invitado a usted al bautizo, quizás?

CARDONA. Sí; pero los bautiza a los dos el mismo día. ¡A mí me hubiera convenido más hoy uno y otro la semana que viene!

ANTOÑITO. ¡Ja, ja, ja!

CARDONA. ¿Está Hormiguero en su despacho?

ANTOÑITO. Sí, señor.

CARDONA. Le voy a pedir datos para un articulillo...

Vase gozoso por la puerta del foro, canturreando su copla de conquistador.

«Cuando veo unos ojitos negros,
negros, negritos, como mi suerte...»

DON JUAN. Nació tipo cómico.

ANTOÑITO. Y es un carácter sostenido. Vamos a seguir enredando. *Se entra en el bufete.*

DON JUAN. *Pensativo* ¡Amalia! ¡Amalia!... ¡Qué femenina travesura!... *Pausa.* ¡A cuántas cosas he de renunciar!... ¡Pero renuncio a todas! *Sale Hormiguero del despacho.*

HORMIGUERO. ¿Don Juan?

DON JUAN. Hola, Pascualito. Cardona iba en busca de usted.

HORMIGUERO. No lo he visto. Será para lo que ayer me indicó. Ahora iré al despacho. No sé qué datos quiere sobre la natalidad en Madrid.

DON JUAN. ¡Cualquier cosa!

HORMIGUERO. Yo también deseo verlo.

DON JUAN. ¿Sí?

HORMIGUERO. Sí. Tengo un roedor en la conciencia.

DON JUAN. ¿Pues?

HORMIGUERO. Le dije el otro día que no podía emplearse cónyuge en singular, y he visto que el Diccionario de la Academia lo autoriza.

DON JUAN. Ah, pues vaya usted a advertírselo sin perder tiempo.

HORMIGUERO. Antes he de hablar con usted de algo importantísimo.

DON JUAN. ¿Qué hay?

HORMIGUERO. A propósito de Valentín Graziela.

DON JUAN. ¡Ah!

HORMIGUERO. He recibido hoy mismo informes acerca de su persona y del objeto de este viaje suyo, y creo indispensable prevenir a usted.

DON JUAN. ¿Qué me cuenta? Mil gracias. Es usted asombroso, Hormiguero. ¡Se entera usted de todo!

HORMIGUERO. De todo. ¡He llegado a saber hasta algunas cosas... que parece mentira que yo las sepa!

DON JUAN. *Un poco pálido.* ¿Eh?

HORMIGUERO. *Con gran misterio.* Graziela va a recibir un anónimo, depositado esta mañana en el correo interior. Y yo sé de quién es el anónimo.

DON JUAN. *Tranquilizándose súbitamente.* ¡Ah, vamos! ¡Cualquiera imaginaba!... Ya, ya. ¿Conque un anónimo?

HORMIGUERO. Un anónimo... que no lo es para mí.

DON JUAN. ¡Asombroso, ya digo! ¿De quién sospecha usted?

HORMIGUERO. No es que sospeche; es que sé quién lo ha escrito, don Juan.

DON JUAN. ¿Alguna mujer?

HORMIGUERO. Justo.

DON JUAN. ¿Rocío?

HORMIGUERO. La misma.

DON JUAN. ¡Bah! Diga lo que quiera. Veamos qué noticias ha tenido usted de este condor que nos ha caído.

HORMIGUERO. Cóndor.

DON JUAN. ¿Qué?

HORMIGUERO. Cóndor, no condor. En España le llamamos condor, acaso influídos por Zorrilla; pero es cóndor. El buitre de los Andes.

Don Juan. Insisto, Hormiguero. Es usted un pozo sin fin. Dígame, dígame ya del buitre, que empiezo a impacientarme.

Hormiguero. ¡Y que le cuadra bien el calificativo! ¡Buitre: ave de presa!

Don Juan. ¿Ah, sí?

Hormiguero. Y hoy por hoy, la presa es su hija.

Don Juan. ¡Hormiguero!

Hormiguero. Le consta a usted que no le hablo nunca a humo de pajas.

Por la puerta de la derecha asoma en este instante Elisa, interrumpiendo la conversación.

Elisa. Dispense usted, señor don Juan, que entre sin anunciarme...

Don Juan. *Fingiendo amabilidad, pero contrariado.* ¡Oh! ¡Elisita!...

Elisa. Conocí las voces... ¿Qué tal, Hormiguero?

Hormiguero. Bien, ¿y usted?

Don Juan. Siéntate. *A Hormiguero.* Luego seguiremos nosotros.

Elisa. ¿Llego en mal momento, quizás?

Don Juan. No.

Hormiguero. Hasta luego, pues. Me voy con Cardona. A sus pies, Elisa.

Elisa. Adiós, Pascualito.

Vase éste por la puerta del foro, hacia la izquierda.

Don Juan. ¿Qué hay?

Elisa. ¡Que te rebosa la felicidad, hombre dichoso!

Don Juan. ¿A mí? Será ahora.

Elisa. ¿Ahora, verdad? ¿Porque yo he venido?

Don Juan. A la vista salta.

Elisa. Juanito, que nos conocemos.

Don Juan. ¡Y tanto!

Elisa. Me he atrevido a llegar hasta aquí, a en-

trar a verte, porque antes he sabido que ella está en la calle.

DON JUAN. ¿Ella?

ELISA. Sí; aquel monstruo de fealdad que esperabas.

DON JUAN. ¿No te explicó Antoñito?...

ELISA. ¡Que nos conocemos, don Juan!

DON JUAN. No, pues en esa malicia te equivocas.

ELISA. ¿Qué más da otra equivocación?

DON JUAN. ¿Conmigo?

ELISA. ¡Me he equivocado en esta vida tantas veces!...

DON JUAN. Pero ¿conmigo?

ELISA. Contigo me bastará una sola. Y ésa, Juanito, aunque la he visto ya, todavía quiero taparme los ojos para no verla.

DON JUAN. Yo no la veo, por más que te escucho. ¿Tienes alguna queja de mí? ¿Te he faltado, sin darme cuenta?... ¿No has recibido puntualmente...?

ELISA. *Desencantada.* ¡No es eso!

DON JUAN. ¿No es eso?

ELISA. Y tú lo sabes; sino que hábilmente me quieres indicar el espacio en que debo moverme, el sitio desde el cual he de hablarte... Pero hoy es otra cosa.

DON JUAN. No sé...

ELISA. Sí. Hoy me es necesario pisar un poquito fuera de la raya; entrar en tu recinto, como cuando era de los dos.

DON JUAN. ¿Qué dices?

ELISA. En la vida hay crisis, hay momentos...

DON JUAN. ¡Ah!

ELISA. En que el silencio puede ser un delito.

DON JUAN. Explícate.

ELISA. No vengo a otra cosa; no necesito ni deseo otra cosa.

Don Juan. Pues habla, y nos entenderemos. *A un gesto de ella.* No debes dudarlo de una amistad como la nuestra, de vuelta de un amor.

Elisa. No insistas, hombre. ¿Me has oído que por fuerza he de extralimitarme un poquito? Aquel amor lo convertiste tú en amistad; yo no pude. Ni quise tampoco.

Don Juan. Mal hecho.

Elisa. Feliz tú si puedes hacer cuanto quieres.

Don Juan. Cuanto debo.

Elisa. Feliz tú. Las mujeres, para cumplir ciertos deberes que significan renunciación, somos más débiles que los hombres. «¡Espera, espera! ¡Disimula y espera!...» Esto es lo que mi corazón me decía. «Mientras sea de muchas, no es de ninguna, y puede volver a ser tuyo. Espera.»

Don Juan. Jamás presumí...

Elisa. Y si lo presumiste, no te agradó pensar en ello. Y procuraste hacer que no te oías a ti mismo. ¡Pero sabiendo siempre cómo te quise; cómo te quería; cómo te quiero!

Don Juan. Cómo nos quisimos. La atracción fué mutua; el crimen, de los dos.

Elisa. Es verdad.

Don Juan. Como fué de los dos la determinación de separarnos y concluir, cuando crecían tus hijas. Y de los dos fueron también las lágrimas del sacrificio. De los dos. Y de los dos el esfuerzo para separarnos. Tu dolor era el mío: recuérdalo bien.

Elisa. No necesito recordarlo. Es verdad cuanto has dicho. Pero un año después murió mi esposo... y tú escapaste.

Don Juan. No, no; escapar, no, Elisa... Mi corazón había encontrado nuevo camino... ¡Es más frágil de lo que nos parece nuestro corazón! Separado amistosamente de ti, conformes los dos... la vida había de

seguir su marcha... la vida rueda, rueda... y yo... No, no; nada de escapar, Elisita... Cuando conocí tu desgracia, y supe que la viudez era para ti agobio... desamparo...

ELISA. Hiciste lo que yo nunca olvidaré... ¡Si por eso he esperado; porque fuiste bueno y generoso conmigo! ¿Por qué lo fuiste si ya no me querías? *Llora.*

DON JUAN. ¡Si ya no te quería!... Pero ¿vas a llorar? ¡No llores! ¿A qué viene esto? ¿A qué viene esta escena? ¡No llores!

ELISA. ¿Te duelen mis lágrimas?

DON JUAN. Por lo que te duelen a ti.

ELISA. Pues yo no quiero que te duelan. *Se enjuga los ojos.*

DON JUAN. Sosiégate.

ELISA. Óyeme. Me debes la verdad: te la pido. Esto es muy serio. Olvídate de habilidades ahora. Esto es muy serio.

DON JUAN. *Humorísticamente.* ¿Es que vas a casarte, Elisa?

ELISA. *Con gravedad y aplomo.* Si tú te casas, sí.

DON JUAN. ¿Si yo me caso?

ELISA. Si tú te casas con Amalia, sí.

DON JUAN. Pero...

ELISA. Ya te he pedido la verdad. Llegó la hora de saber si espero inútilmente o no; si mi esperanza es desvarío. A mi puerta ha llamado un hombre que, si no me enamora, me es grato al menos. Él me quiere con cariño leal. Puede salvar noblemente mi vida. Mi vida no, la de... Pero bien dije, sí: mi vida; porque ya mis hijas son mi vida. ¿Acepto el cariño de ese hombre?

DON JUAN. *Después de mirarla fijamente en silencio, le dice con nobleza.* ¡Acéptalo!

ELISA. *Con dolor.* ¡Esto es lo que yo quería oírte!

DON JUAN. *Turbado.* ¿Pero no es cierto lo que me has dicho?

ELISA. ¡Sí es cierto; por fortuna lo es! ¡Pero déjame llorar que no seas tú mi compañero! *Llora nuevamente.*

Pausa. Don Juan pasea preocupado. Una o dos veces la contempla, le va a hablar y no sabe.

DON JUAN. Vamos, tranquilízate...

ELISA. *Secándose las lágrimas.* Ya pasó.

DON JUAN. ¿Me guardarás rencor, Elisa?

ELISA. Ahora no lo sé... No lo creo... *Se oye de improviso la voz de Amalia hacia la derecha. Don Juan se estremece. Ella lo nota.* ¿Qué? ¿Su voz?

DON JUAN. Sí.

ELISA. Adiós, entonces.

DON JUAN. No te marches. Si ella irá a su cuarto.

ELISA. Podría entrar... y no quiero verla. Adiós. Sé dichoso.

DON JUAN. Voy contigo. Ya te haré una visita.

ELISA. *Con amargura.* ¿Para qué?

Don Juan baja los ojos, y se va con ella por la puerta de la derecha.

Instantes después, por la misma puerta aparece Amalia, que mira con inquietud hacia dentro.

AMALIA. ¿Va llorando?... ¿Quién es?

Julia viene por la puerta del foro.

JULIA. Señorita. *Amalia no la oye.* Señorita.

AMALIA. *Distraída.* ¿Qué?

JULIA. La señora, que preguntaba si había usted vuelto.

AMALIA. ¿La señora?

JULIA. Sí, señorita: doña Ramona.

AMALIA. ¡Ah! bien, sí. Ahora voy.

JULIA. Está en el gabinete.

AMALIA. Ahora voy.

JULIA. Bueno, señorita. *Márchase por donde llegó.*

Vuelve Don Juan con faz dichosa, seguro de que Amalia lo espera.

DON JUAN. Sepamos, Amalia, cómo la ha recibido a usted el santín.

AMALIA. Con ganas de palique. Y lo primero que me ha dicho es que no fíe en usted, que hace llorar a las mujeres.

DON JUAN. ¿Eso le ha dicho?

AMALIA. Y yo acabo de ver que es verdad.

DON JUAN. ¿Y quién le asegura a usted ni al santín que sea yo el causante de tales lágrimas?

AMALIA. Yo sostengo que lo es usted.

DON JUAN. Indirectamente, a lo sumo.

AMALIA. Tanto monta.

DON JUAN. No, Amalita, no. Por mi voluntad no causo nunca lágrimas a las mujeres. Y si las causo, las enjugo.

AMALIA. Pues no gana usted para pañuelos.

DON JUAN. ¿Cree usted?

AMALIA. ¡Vaya! Viviendo un mes aquí... nadie puede creer otra cosa. ¡El abogado del Amor, Dios mío! ¿Éste es otro divorcio?

DON JUAN. Muy al contrario: boda.

AMALIA. ¿Boda? No comprendo...

DON JUAN. Elisa, la señora con quien usted me ha hallado...

AMALIA. ¿Se llama Elisa?

DON JUAN. Elisa. Ha venido a pedirme parecer sobre su casamiento.

AMALIA. ¿Y ha sido favorable?

DON JUAN. Sí.

AMALIA. ¿Por eso lloraba?

DON JUAN. Quizás. Ella soñó tal vez unirse a otro hombre, a quien hoy guía la felicidad por distinto camino. Y yo le he dicho la verdad. Debía decírsela. Así que sus lágrimas han podido nacer de la deses-

peranza, pero han nacido también de la gratitud.

AMALIA. ¡Pobre mujer! Me voy con doña Nona.

DON JUAN. No sin contestarme a una pregunta.

AMALIA. ¿A qué pregunta?

DON JUAN. A una que antes no le quise hacer porque salió Antoñito.

AMALIA. Diga usted.

DON JUAN. ¿Qué extraño interés tiene usted en que yo no vaya a Toledo?

AMALIA. ¡Ay, don Juan! ¡Usted quiere cambiar oro por cobre! ¿Cómo he de revelarle yo ninguna verdad a cambio de lo que sé que es una mentira?

DON JUAN. ¿Eh?

AMALIA. Confiéseme usted por qué iba a Toledo y a lo que iba, y por qué renuncia a ese viaje... y entonces puede que yo le complazca... Pero hablar usted turbio y yo claro... eso, no.

DON JUAN. Amalia, usted conoce bien el dique puesto por mi voluntad, por mi delicadeza, a mi verdadero sentir... Usted sabe la verdad que en el fondo de mi corazón palpita y arde, sin salir a los labios. Yo acaso adivino la que se esconde en el de usted. ¿Es que ha llegado por dicha la hora de que las palabras de una y otra suenen en el aire?

AMALIA. ¿He de decirlo yo?

De improviso, turbando a los enamorados, aparece por la puerta de la derecha Valentín Graziela, de mal talante. Al verlos frunce el ceño, y los mira conteniendo su cólera.

DON JUAN. ¡Valentín!

AMALIA. ¡Papá!

DON JUAN. Esta mañana salí tan temprano que...

VALENTÍN. Deja ahora eso. Tengo que hablarte a solas.

DON JUAN. Bien. Cuando gustes

VALENTÍN. Ahora mismo.

Don Juan. Vamos adonde quieras.

Valentín. Aquí. Espérame. *Se va por la puerta del foro, hacia la izquierda.*

Don Juan. ¿Qué podrá ser, Amalia? Muy descompuesto viene...

Amalia. Yo casi lo barrunto, don Juan...

Don Juan. ¡Nos ha mirado de una manera!...

Amalia. ¿Usted tiene que arrepentirse de algo?

Don Juan. Yo, no.

Amalia. Ni yo tampoco.

Se marcha por la puerta del foro, hacia la derecha, mirándolo con pleno amor.

Don Juan. ¡A ese hombre le han contado cualquier desatino!... Y ahora que recuerdo. Hormiguero tenía que decirme...

Llega en esto Hormiguero por la puerta del foro, precipitadamente.

Hormiguero. Graziela va para su cuarto que echa bombas...

Don Juan. Sí, sí por cierto. Quiere hablar conmigo.

Hormiguero. Pues oiga usted primero lo que sé.

Don Juan. Diga usted; en seguida.

Hormiguero. En cuatro palabras. Si soy indiscreto discúlpeme la buena intención. *Con viveza creciente.* A Valentín Graziela nunca le ha preocupado su hija.

Don Juan. Nunca.

Hormiguero. La dejó en España como quien deja una carga enojosa.

Don Juan. Justo.

Hormiguero. Y si ahora se inflama o finge inflamarse en amor paternal, es porque quiere casarla en la Argentina con el hijo de un archimillonario. ¡Negocio redondo!

Don Juan. ¿Qué dice usted? ¿Es verdad eso?

HORMIGUERO. Como el sol que alumbra. Se trata de un mancebo abúlico, degenerado, medio tonto, a quien ha embaucado ese logrero. Emilio Pareja se llama. El padre es de Asturias. Llegó a aquella tierra de promisión como tantos otros: desnudo y con hambre de trabajar. Y hoy su fortuna asombra. En su casa, en una vitrina, tiene guardados los zuecos con que pisó tierra americana llenos de perlas y corales. Cuando viene a Europa deslumbra a todos con su lujo. En París le llaman el «rey de las propinas». «Le roi des pourboires».

DON JUAN. Omita usted ciertos pormenores...

HORMIGUERO. Bien. Adora en su hijo, y el mozo, sobre estar, como le digo a usted, embaucado y aun explotado por Valentín Graziela, se pasa las horas muertas al presente contemplando con ilusión un retrato de Amalia.

DON JUAN. ¡Ah! ¡Pues aunque reunan el hijo y el padre todo el oro con que soñaron los conquistadores, Amalia no sale de aquí!

HORMIGUERO. ¡Bravo!

DON JUAN. ¡Ni lo consentiré yo, ni querrá ella!

HORMIGUERO. ¡Bravo, bravo, don Juan!

DON JUAN. Pero usted, querido Hormiguero, ¿está seguro de lo que me dice? ¿Quién le ha contado a usted todo eso y quién se lo ha contado tan a punto? ¡No acaba usted de maravillarme!

HORMIGUERO. Es bien simple, don Juan. Mi primo Serapio, que vive en Buenos Aires, que me escribe en todos los correos, y que gusta de averiguarlo todo, como yo.

DON JUAN. ¿Es, por lo visto, afición de familia?

HORMIGUERO. Así parece. ¡Ahí aletea el buitre! ¡Me eclipso!

DON JUAN. ¡Infinitas gracias, Hormiguero!

HORMIGUERO. Cumplir un deber, no las merece. *Le tiende la mano.*

DON JUAN. ¿Qué?

HORMIGUERO. *Retirando la mano tendida.* No... que creí que me daba usted la mano.

DON JUAN. ¡Sí, señor! *Se la estrecha.* Repito.

HORMIGUERO. Mandarme. *Vase aprisa por la mampara.*

DON JUAN. *Levemente conmovido; pesaroso.* ¡Cada día más fiel!... ¡Cuánto le pesa a uno algunas veces!...

Por la puerta del foro reaparece Valentín Gràziela, hecho un león.

DON JUAN. Aquí me tienes aguardando, sin saber qué pensar; sorprendido de tu extraña llegada, de tu brusquedad, de tu ceño.

VALENTÍN. ¡Di mejor de mi indignación y de mi cólera!

DON JUAN. ¿De tu cólera? ¿Debida a qué? Serénate. Yo te suplico que antes de hablarme te serenes.

VALENTÍN. ¡No puedo! ¡Estoy en la situación del hombre que se ve obligado a decirle a un amigo del alma que es un miserable!

DON JUAN. ¡Valentín! ¿Estás loco? ¿Estás ciego?

VALENTÍN. ¡Ciego y loco estoy, pero es de rabia y de indignación, como ya te he dicho! ¡Acabo de saber lo que por todo Madrid se corre y se publica en deshonor de mi hija y de mi nombre!

DON JUAN. ¿Qué?

VALENTÍN. ¡Acabo de saberlo, y al llegar y encontrarla contigo, de la manera que os he visto a los dos, me he convencido de la inicua verdad de todo ello!

DON JUAN. Pero ¿qué es lo que se dice, mentecato, o qué supones tú?

VALENTÍN. ¡Cuando he hablado de deshonor, no creo preciso puntualizarlo en más palabras!

DON JUAN. ¡Valentín!

VALENTÍN. ¡Necio de mí, que te entregué confiado a mi hija! ¡Necio de mí que no consideré primero cuánto cambian los hombres! Hoy, un amigo leal, ¡un amigo leal! no un traidor, como tú, me ha abierto los ojos.

DON JUAN. Valentín, ten en cuenta que estás en mi casa. ¿Qué te ha dicho ese amigo leal? ¿Que yo he enamorado a tu hija? ¿Que la he seducido, tal vez? ¿Te ha dicho eso?

VALENTÍN. ¡Sí!

DON JUAN. ¿Y no le has cruzado la cara?

VALENTÍN. ¡No se la he cruzado!

DON JUAN. ¿Es que quieres que lo haga yo o es que deseas que empiece por la tuya?

VALENTÍN. Esa es cuenta que arreglaremos luego. ¡No sabes aún a quién tienes delante!

DON JUAN. ¡Mejor quizás de lo que te figuras! Y el que sin duda ignora a quién tiene delante, eres tú.

VALENTÍN. ¡Lo ignoraba hasta hace un segundo! ¡Ya lo sé, por desdicha!

DON JUAN. ¡Basta! ¡Basta ya! ¡Ni un minuto más con esta acusación infame sobre mi alma! ¡No, no! ¡La calumnia dirá lo que se le antoje, porque es invisible como aire nocivo y no se la puede sofocar; tú podrás también haberla creído, olvidando quién soy, pero la verdad vas a saberla de mi boca!

VALENTÍN. *Con sarcasmo.* ¡La verdad! ¡De tu boca!

DON JUAN. ¡La verdad! Por lo mismo que yo no tenía la esposa que imaginabas tú, antes de que tu hija entrase en mi casa supe traer a ella persona a quien respeto como a mi madre.

VALENTÍN. Mejor hubiera sido enviar a mi hija con esa persona.

DON JUAN. Ese es otro agravio. En primer lugar, mi tía vive muy estrechamente. Y en segundo lugar, mi renuncia a lo que me pedías tú en aquel trance no

hallaba disculpa a mis ojos. Yo no tenía por qué encomendar a nadie lo que tú me confiabas a mí. ¡No tenía por qué; ya lo oyes!

VALENTÍN. ¡Ya, ya lo oigo! ¡Como no digas más que eso!...

DON JUAN. He de decir más. Te declaro que en los primeros días de la estancia de Amalia aquí padecí una fiebre amorosa, una obsesión de su belleza...

VALENTÍN. ¿Hola?

DON JUAN. ¿Hola, qué? Deja que continúe. Aquel tormento de mis sentidos, que yo enfrené como debía, se convirtió luego en buen hora en un sentimiento muy hondo, a la vez violento y suave, grande, poderoso, noble siempre, desconocido en mi corazón. Yo seguía temblando delante de ella, pero se imponía ya a todo mi ser un íntimo mandato de respetarla.

VALENTÍN. ¡Huelga tanta retórica! ¿Vas a decirme ahora que te has enamorado de mi hija?

DON JUAN. ¡Te lo he dicho ya!

VALENTÍN. ¡Oídos que tal oyen! ¡Y tu proceder por las señas ha sido tan discreto, tan caballeroso, tan hidalgo, que ya se corre y se propala a los cuatro vientos...!

DON JUAN. ¡Calla!

VALENTÍN. ¿Cómo he de callar, si a medida que te escucho me convenzo de que la calumnia tiene razón?

DON JUAN. ¿Ves cómo desvarías?

VALENTÍN. ¿Ves cómo eres un miserable?

DON JUAN. ¡Templa tus palabras, Valentín, o he de olvidarlo todo! Y escúchame. Dices que la fama de Amalia anda en lenguas, y que yo soy el responsable.

VALENTÍN. ¡Lo digo y lo pruebo!

DON JUAN. ¡Yo pido para esas lenguas ascuas vi-

vas que las carbonicen! Pero esto no remedia nada.

VALENTÍN. ¡Claro que no!

DON JUAN. Esto otro sí: dame por esposa a tu hija.

VALENTÍN. ¡En el nombre del Padre!

DON JUAN. ¿Qué?

VALENTÍN. ¡En el nombre del Padre! ¡Estos tenorios no reparan en nada! ¿Qué más quisieras tú, visionario? ¿Qué más quisieras tú?

DON JUAN. Pero, entonces...

VALENTÍN. ¿De manera que todo lo que se te ocurre es casarte con ella?

DON JUAN. ¿Qué más?

VALENTÍN. ¡Eso es! ¿Y crees tú que yo voy a entregarle mi hija, la hija de mi corazón, a un hombre cansado de vivir, podrido moralmente, con un pasado licencioso, con un presente que arrastra el pasado...?

DON JUAN. ¡Ah, ya lo veo! ¡No sigas, no te esfuerces: son verdad tus inicuos planes!

VALENTÍN. ¿Qué? ¡Mi único plan es la felicidad de mi hija!

DON JUAN. ¿Y quién podrá creerte? Mientras no necesitaste de ella, no te importó su felicidad. Ahora que a tu codicia le conviene, despiertan, para usarlos de máscara, tus amores de padre.

VALENTÍN. Pero ¿qué cuento de las mil y una noches es ése?

DON JUAN. No finjas, que lo sé. Esto sí que es verdad, y no lo que tú me has echado al rostro. ¡Pero aquí estoy yo, cerrándote el paso!

VALENTÍN. *Con desprecio.* ¿Tú?

DON JUAN. Yo. El hombre podrido moralmente, como me has llamado, es el que va a impedir esa villanía.

VALENTÍN. ¡Vuelvo a decirte que no sabes con quién estás hablando!

DON JUAN. Prueba a hacerme temblar.

Por la puerta del foro llega Amalia en este momento, atraída por las voces.

AMALIA. ¿Qué discusión es ésta? ¿Qué escándalo?

DON JUAN. ¡Amalia!

VALENTÍN. ¡Hija!

AMALIA. Doña Nona se ha asustado mucho... Papaíto, ¿qué ocurre?

VALENTÍN. ¡Pregúntaselo a tu conciencia!

AMALIA. ¿A mi conciencia? Bien tranquila está. Don Juan, ¿qué le ha dicho usted a mi padre que así se ha puesto?

DON JUAN. ¡Cuánto me alegra que haya venido usted! Lo que le he dicho a su padre, Amalia...

VALENTÍN. ¡He de decir yo primero cuanto me han dicho a mí!

DON JUAN. Perdona. *A Amalia, en voz baja, trémula, sofocada por la pasión.* Lo que le he dicho, Amalia, es que... Lo que le he dicho es que te quiero; que te quiero con un amor nuevo, ambicioso, infinito, absorbente, dominador; que sueño con hacerte mi esposa.

AMALIA. *Conmovida.* ¡Don Juan!

DON JUAN. ¡Esto es lo que le he dicho!

VALENTÍN. ¡Eso, eso es lo que se ha atrevido a decirme!

AMALIA. *Turbada aún.* Pues cuenta que te ha dicho a ti, lo que a mí no me ha dicho hasta ahora.

DON JUAN. Con palabras, no.

AMALIA. A las palabras me refiero. ¿Y por eso que le has oído te has enojado tú, papá?

VALENTÍN. Pues ¿cómo no, viniendo de tal hombre?

AMALIA. ¿De tal hombre? ¿Lo juzgas malo?

VALENTÍN. ¡Malo es poco: funesto!

AMALIA. Y siendo así, ¿cómo se explica que me mandaras a su casa?

VALENTÍN. ¡Porque es otro del que yo conocía! ¡Este hombre...!

AMALIA. Papaíto, ahora te ruego yo que mires bien lo que de él vayas a decirme, porque... porque yo lo quiero también.

DON JUAN. ¡Amalia!

VALENTÍN. ¡Amalia!

AMALIA. ¡Lo quiero también! Venzo mi rubor para confesártelo en su presencia... y para revelárselo a él en la tuya...

DON JUAN. ¡Bendita boca!

VALENTÍN. ¿Pero has perdido el juicio, infeliz?

AMALIA. Óyeme.

VALENTÍN. ¡No quiero oír más disparates!

AMALIA. Óyeme. No te pongas así, papaíto. Yo quiero a don Juan. Lo quise poco después de verlo. Y desde que lo quise, empleé en convertirlo a mí cuantos medios le presta a una mujer un amor como éste. Y lo he logrado. Y ya me quiere como a ninguna, él que ha querido a tantas...

VALENTÍN. ¡No seas necia en tu vida!

DON JUAN. ¡La necedad es tuya!

VALENTÍN. ¡Hablamos ella y yo!

DON JUAN. ¡Y yo la oigo con toda mi alma!

VALENTÍN. *Rebelándose*. ¡No, no! ¡Esto, no! ¡Tú no estás enamorada de este libertino!

AMALIA. ¡Sí!

VALENTÍN. ¡No! ¡Tú estás enloquecida, fascinada por lo que haya podido agradarte de su persona exteriormente, y por sus artes infernales de hombre mundano y mujeriego! ¡Pero cuando yo te hable de su pasado; cuando yo te lo pinte con vivos colores...!

AMALIA. ¡Su pasado!... ¡Su pasado!... ¿De su pasado quieres hacer un arma contra él? ¡Pero si es su pasado lo que me ha hecho quererlo más!

VALENTÍN. ¡Ave María Purísima!

AMALIA. ¿Qué piensas contarme? ¿Que ha sido de muchas mujeres? ¿Que no ha podido olvidar a ninguna? ¿Que a todas ellas las acaricia desde lejos? ¿Que no rechaza, que no desampara, que no abandona a las que quiso? ¿Que ha convertido en gratitud o en piadoso afecto lo que empezó en amor? ¿Y qué es todo eso en resumen sino íntima bondad? ¿Y vas tú a pretender que me aleje de su amor por ella, cuando es en ella, justamente, en lo que fundo el mío?

VALENTÍN. ¡Pero, hija de mi vida!... ¡Pero, Amalia!

AMALIA. En cambio, si me dijeras que quiso a muchas y a todas las dejó... como pudo; que de su pasado no quedaba ni rastro en su alma, yo te obedecería prontamente y huiría de él contigo. Digo mal: yo no tendría que huir, porque no habría llegado a enamorarme.

VALENTÍN. ¡Eres la primera mujer a quien le oigo tamaña locura!

AMALIA. ¿Locura? ¡Lógica del corazón, papaíto! ¡Prefiero temer, viéndolo prendado de mí, al recuerdo de cuantas quiso, a temerle a él por incapaz de querer a ninguna!

VALENTÍN. ¡Absurdo, absurdo, inaudito, fantástico! ¡No se puede creer en aberración tan insigne! ¡Te ha vuelto idiota, idiota; pero vivo yo para hacerte recobrar el juicio! ¡Esto no pasará adelante! ¡No pasará, no pasará!

DON JUAN. Y después de oírnos a los dos, ¿quién eres tú para estorbarlo?

VALENTÍN. ¡Soy quien soy! ¡Soy su padre!

AMALIA. *Con íntimo pesar.* Un poco tarde quieres venir a serlo.

VALENTÍN. ¿Eh?

AMALIA. A los quince años me dejaste sola en la vida: ¡ella formó mi alma! ¡Ella ha sido mi padre y mi madre! Tú, no sé lo que eres.

VALENTÍN. ¿Cómo, cómo? ¿Hase visto igual desacato? ¡Tu padre soy yo ante la ley, y de ello daré buena prueba! ¡No faltaría más! ¿Ha de regirse el mundo por la perversidad de un hombre y la insensatez de una chiquilla? ¡Medrados estaríamos! ¡Y ahora me voy de aquí, don Juan de la Vega, porque no quiero cometer un atropello! *Vase de estampía por la puerta del foro, hacia la izquierda.*

DON JUAN. ¿Merecemos esto?

AMALIA. No, a fe. A algo que desconocemos responde su ira.

DON JUAN. Yo sé a lo que responde.

Viene Cardona por donde se ha marchado Graziela.

CARDONA. ¿Qué le has hecho al Comendador, como le dice doña Nona?

DON JUAN. ¡Nada!

AMALIA. ¡Nada!

CARDONA. ¡Lleva unos ojos que asustan al demonio! ¡Va cárdeno! ¿Qué ha sido?

DON JUAN. Pues... que le he pedido a Amalia por esposa.

CARDONA. ¡Jinojos!

AMALIA. ¿Verdad que no es para enfadarse?

CARDONA. ¡Al contrario! ¡Para repicar de contento! Por mí, ¡ahí va una enhorabuena del alma! ¡Choque usted, Amalita!

AMALIA. Gracias, don Gregorio.

CARDONA. ¡Un abrazo a ti, barbián!

DON JUAN. ¡Y bien fuerte!

CARDONA. ¡A casarse a escape, a ser felices... y a tener muchos hijos!

AMALIA. ¡Don Gregorio!

CARDONA. ¡Hay que dar ciudadanos a la patria! ¡El amor fecundo es el único que tiene razón! ¡Nada, nada: a tener muchos hijos... y a bautizarlos a todos como manda la Iglesia!

AMALIA. ¡Claro es!

DON JUAN. ¡Ja, ja, ja!

CARDONA. ¡Le voy a dar la nueva a Dulce, que va a alegrarse mucho!

DON JUAN. ¡No tanto como tú!

CARDONA. ¡Es difícil! *Se aleja jubiloso por la puerta de la derecha, cantando:*

«Cuando veo unos ojitos negros,
negros, negritos, como mi suerte...»

Don Juan, que contenía su amorosa impaciencia, al verse solo con Amalia, la coge con pasión de las manos y exclama:

DON JUAN. ¡Alma mía!

AMALIA. ¡Don Juan!...

DON JUAN. ¡Ven a mí!

AMALIA. *Separándose de él con dulzura.* No... aguarda... Porque soy más que todas, quiero ser distinta de todas... para hacer tu vida distinta de siempre.

FIN DE LA COMEDIA

Fuenterrabía, setiembre, 1918.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

JUGUETES CÓMICOS

(PRIMEROS ENSAYOS)

Esgrima y amor.—Belén, 12, principal.—Gilito.—La media naranja.—El tío de la flauta.—Las casas de cartón.

COMEDIAS Y DRAMAS

EN UN ACTO

La reja.—La pena.—La azotea.—Fortunato.—Sin palabras.—Pedro López.

EN DOS ACTOS

La vida íntima.—El patio.—El nido.—Pepita Reyes.—El amor que pasa.—El niño prodigio.—La vida que vuelve.—La escondida senda.—Doña Clarines.—La rima eterna.—Puebla de las Mujeres.—La consulesa.—Dios dirá.—El ilustre huésped.—Así se escribe la historia.

EN TRES O MÁS ACTOS

Los Galeotes.—Las flores.—La dicha ajena.—La zagala.—La casa de García.—La musa loca.—El genio alegre.—Las de Caín.—Amores y amoríos.—El centenario.—La flor de la vida.—Malvaloca.—Mundo, mundillo...—Nena Teruel.—Los Leales.—El duque de Él.—Cabrita que tira al monte...—Marianela.—Pipiola.—Don Juan, buena persona.

SAINETES Y PASILLOS

La buena sombra.—Los borrachos.—El traje de luces.—El motete.—El género ínfimo.—Los meritorios.—La reina mora.—Zaragatas.—El mal de amores.—Fea y con gracia.—La mala sombra.—El patinillo.—Isidrín o Las cuarenta y nueve provincias.—Los marchosos.

ENTREMESES Y PASOS DE COMEDIA

El ojito derecho.—El chiquillo.—Los piropos.—El flechazo.—La zahorí.—El nuevo servidor.—Mañana de sol.—La pitanza.—Los chorros del oro.—Morritos.—Amor a oscuras.—Nanita,

nana...—La zancadilla.—La bella Lucerito.—A la luz de la luna.—El agua milagrosa.—Las buñoleras.—Sangre gorda.—Herida de muerte.—El último capítulo.—Solico en el mundo.—Rosa y Rosita.—Sábado sin sol.—Hablando se entiende la gente.—¿A quién me recuerda usted?—El cerrojazo.—Los ojos de luto.—Lo que tú quieras.—Lectura y escritura.—La cuerda sensible.—Secretico de confesión.

ZARZUELAS

EN UN ACTO

El peregrino.—El estreno.—Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en el botijo!—El amor en solfa.—La patria chica.—La muela del rey Farfán.—El amor bandolero.—Diana cazadora o Pena de muerte al Amor.—La casa de enfrente.

EN DOS O MÁS ACTOS

Anita la Risueña.—Las mil maravillas.

MONÓLOGOS

Palomilla.—El hombre que hace reír.—Chiquita y bonita.—Polvorilla el Corneta.—La historia de Sevilla.—Pesado y medido.

VARIAS

El amor en el teatro.—La contrata.—La aventura de los galeotes.—Cuatro palabras.—Carta a Juan Soldado.—Las hazañas de Juanillo el de Molares.—Becqueriana.—Rinconete y Cortadillo.

Pompas y honores, *capricho literario en verso. Fernando Fé. Madrid.*

Fiestas de amor y poesía, *colección de trabajos escritos ex profeso para tales fiestas. Manuel Marín. Barcelona.*

La madrecita, *novela corta.*

La mujer española, *una conferencia y dos cartas. Biblioteca Hispania, Madrid.*

EDICIÓN ESCOLAR:

Doña Clarines y Mañana de sol, *Edited with introduction, notes and vocabulary by S. Griswold Morley, Ph. D. Assistant Professor of Spanish, University of California.—Heath's Modern Language Series.—Boston, New York, Chicago.*

TRADUCCIONES

AL ITALIANO:

I Galeoti.—Il patio.—I fiori *(Las flores)*.—La pena.—L'amore che passa.—La Zanze *(La Zagala)*, por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

Anima allegra *(El genio alegre)*, por Juan Fabré y Oliver y Luigi Motta.

Le fatiche di Ercole *(Las de Caín)*, por Juan Fabré y Oliver.

I fastidi della celebrità *(La vida íntima)*, por Giulio de Medici.

La casa di García.—Al chiaro di luna.—Amore al buio *(Amor a oscuras)*, por Luigi Motta.

Il centenario, por Franco Liberati.

Donna Clarines, por Giulio de Frenzi.

Ragnatelle d'amore *(Puebla de las Mujeres)*, por Enrico Tedeschi.

Mattina di sole.—L'ultimo capitolo.—Il fiore della vita.—Malvaloca.—Jettatura *(La mala sombra)*.—Anima malata *(Herida de muerte)*.—Chi mi ricorda lei? *(¿A quién me recuerda usted?)*—Così si scrive la storia, por Gilberto Beccari y Luigi Motta.

AL VENECIANO:

Siora Chiareta *(Doña Clarines)*, por Gino Cuccheti.

El paese de le done (*Puebla de las Mujeres*), por Carlo Monticelli.

AL ALEMÁN:

Ein Sommeridyll in Sevilla (*El patio*).—Die Blumen (*Las flores*).—Die Liebe geht vorüber (*El amor que pasa*).—Lebenslust (*El genio alegre*), por el Dr. Max Brausewetter.

Das fremde Glück (*La dicha ajena*), por J. Gustavo Rohde.

Ein sonniger Morgen (*Mañana de sol*), por Mary v. Haken.

AL FRANCÉS:

Matinée de soleil (*Mañana de sol*), por V. Borzia.

La fleur de la vie (*La flor de la vida*), por Georges Lafond y Albert Boucheron.

AL HOLANDÉS:

De bloem van het leven (*La flor de la vida*), por N. Smidt-Reineke.

AL PORTUGUÉS:

O genio alegre.—Mexericos (*Puebla de las Mujeres*), por Joao Soler.

Marianela, por Alice Pestana.

AL INGLÉS:

A morning of sunshine (*Mañana de sol*), por Mrs. Lucretia Xavier Floyd.

Malvaloca, por Jacob S. Fassett, Jr.

By their words ye shall know them (*Hablando se entiende la gente*), por John Garrett Underhill.



